

Notas

MENSAJE DEL EPISCOPADO COLOMBIANO EN RELACION CON EL CAMBIO SOCIAL

1. — Como Pastores del Pueblo de Dios, reunidos en Conferencia Episcopal, no podemos cerrar los ojos a la realidad en que vivimos, a los signos más expresivos de nuestro tiempo. Por esta razón nos ocupamos del cambio reclamado por el mundo de hoy, fenómeno característico de la sociedad contemporánea, frente al cual la Iglesia no puede considerarse ajena.

I — El Anheló de Cambio

2. — Es evidente el anhelo de cambio en nuestro tiempo. Nadie podría decir que no lo percibe, porque se manifiesta en múltiples formas: la insatisfacción sobre el estado actual de las cosas; las tensiones cada vez más profundas entre posiciones contradictorias, que distancian progresivamente a quienes las sostienen; la búsqueda de nuevas formas de relaciones humanas que sustituyan a las antiguas, consideradas como inoperantes e injustas; especialmente la actitud crítica frente a lo tradicional, en forma parcial o total y con implicaciones que van desde la desconfianza hasta el rechazo de las instituciones recibidas del pasado.

3. — El Concilio Vaticano II reconoce claramente que “el género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador; pero recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes convive. Tan es así, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redunda también en la vida religiosa. Como ocurre en toda crisis de crecimiento, esta transformación trae consigo no leves dificultades”.

II — Actitudes Ante el Cambio

4. — Todo incluye y manifiesta un definido deseo de cambio. Sin embargo, al tratar de precisar la noción concreta y los objetivos de tal cambio, se encuentran marcadas discrepancias. Hay visiones parcializadas que obviamente se oponen

Notas

unas a otras e impiden percibir con exactitud la verdadera meta y el rumbo adecuado de este ansiado proceso de renovación.

5. — Hay un sector de indiferentes que miran solamente sus intereses personales y parecen vivir despreocupados de todos los problemas implicados en el cambio. Se colocan al margen del curso de la historia. No quieren luchar o consideran que no vale la pena interesarse por hechos que para ellos no alcanzan a ser problemas. Es una actitud en apariencia cómoda, pero profundamente peligrosa por la carga de inercia que encierra.

6. — Una segunda posición está constituida por los integristas, es decir, los que pretenden conservarlo todo porque a todo le conceden un valor cuya pérdida les parece fatal. Para ellos nada de lo que se ha recibido del pasado se puede perder, porque el solo hecho de ser tradicional lo hace intangible. Esta actitud, anclada en valores reales o aparentes, dificulta el cambio y agudiza las tensiones entre quienes legítimamente lo piden y promueven.

7. — Están en tercer lugar los radicales, que se colocan en una posición de avanzada intransigente. Su concepto del cambio se funda en la creencia de que el pasado en su totalidad fue un fracaso. En sustitución de este pasado condenable sin excepción, el radicalismo proclama un orden nuevo sin antecedentes de ninguna clase. Su actitud es tan intransigente respecto del pasado como frente al futuro. Por que ni practican el verdadero diálogo ni aceptan ideas sobre el cambio. Paradójicamente los radicales llegan a darse la mano con los integristas, con lo cual se cumple el fenómeno de que un dogmatismo sustituye a otro. Y como la intransigencia total no tiene límites, se llega a la forma extrema de radicalismo que quiere imponerse a todo trance, por cualquier medio, aún el de la violencia, que Pablo VI condenó categóricamente en Bogotá por anticristiana y antievangélica.

III — Visión de la Iglesia

9. — La Iglesia Católica, lejos de cualquier posición extrema o de indiferencia, sostiene y proclama la visión cristiana del cambio, que se basa en principios fundamentales de su doctrina.

10. — El cambio es una ley de vida señalada por el mismo Creador. En el Libro del Génesis se dice que Dios dio al hombre el encargo de construir el mundo: "Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla". Este plan de Dios implica en el hombre la dignidad y la responsabilidad de continuar el proceso de la creación, que no se detiene sino que avanza continuamente por la acción del mismo hombre. Lo cual quiere decir que en el designio de Dios el mundo y el hombre están sujetos a un progreso permanente, al paso sucesivo de unas formas a otras. El cambio, como ley de vida impuesta por Dios, implica igualmente una concepción dinámica y no estática del orden social, que debe ser constantemente sometido a revisión para purificarlo de posibles desviaciones y adaptarlo a las legítimas exigencias del hombre.

11. — A la luz del Nuevo Testamento, el modelo del hombre que la Iglesia busca realizar es Cristo resucitado, vencedor de la esclavitud de la muerte y del pecado. Por eso, para el cristiano, el cambio debe consistir en un esfuerzo

de liberación del pecado que por sí mismo y por sus consecuencias, oprime y esclaviza al hombre, y en una renovada conversión hacia la justicia y la santidad, que lo conduzca progresivamente a la plenitud de gracia en Cristo, quien nos llama a ser perfectos como su Padre Celestial es perfecto.

12. — Pero la visión cristiana sabe distinguir entre el cambio convertido en mito y el cambio auténtico que se pone al servicio del hombre, lo promueve y lo humaniza acogiéndolo integralmente, de acuerdo con las exigencias todas de su naturaleza. Solamente la renovación constructiva y humanizante es objeto de aceptación e interés por parte de la Iglesia.

13. — Y según nos advierte Su Santidad Pablo VI, este cambio “no puede afectar ni a la concepción esencial ni a las estructuras fundamentales de la Iglesia Católica... No podemos acusar de infidelidad a nuestra amada y santa Iglesia de Dios... En este punto, si se puede hablar de reforma, no se debe entender cambio, sino más bien confirmación, en el empeño de conservar la fisonomía que Cristo ha dado a su Iglesia, más aún de querer devolverle su forma perfecta que por una parte corresponde al plano original y que por otra sea reconocida como coherente y aprobada en el desarrollo necesario que, como árbol de la semilla, ha dado a la Iglesia su legítima forma histórica y concreta, partiendo de aquel diseño original”.

IV — La Iglesia, Agente del Cambio

14. — La Iglesia no solamente tiene esta visión, sino además considera que le corresponde ser agente del cambio. Siendo peregrina en la tierra, en busca de su plenitud al final de los tiempos, es esencialmente dinámica y está siempre en marcha. Integrada por hombres pecadores, requiere continua conversión para ser fiel a su Fundador. Encarnada en el mundo al cual debe servir como signo eficaz de salvación, es consciente de su compromiso para el hombre y su historia. La Iglesia latinoamericana ha respondido a este deber de presencia con un hecho que, según el Papa Pablo VI, ha de significar el comienzo de una nueva etapa histórica: La segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada el año pasado con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional.

15. — Esta Conferencia ha sido, como valiosa proyección del Concilio Vaticano II, un hecho de solidaridad de toda la Iglesia latinoamericana ante los problemas comunes del Continente; un encuentro con el hombre concreto, lleno de fe en sus posibilidades y de esperanza en su renovación; un testimonio de diálogo y de compromiso con la inquietud de nuestros pueblos; y fundamentalmente, un acto de amor a Dios, de comunión eclesial y de amor pastoral a los hombres.

16. — Ante esta actitud, muchos, con acierto, ven a la Iglesia más auténticamente evangélica, fiel a la misión de servicio en el amor que Cristo le señaló, consciente de su responsabilidad en la hora presente.

17. — Algunos equivocadamente piensan que la Iglesia, al preocuparse de los problemas temporales del hombre, abdica de su misión esencialmente religiosa o pretende conquistar influencias políticas. Ella solo aspira a ser conciencia y motor de desarrollo, en cuanto éste forma parte de los designios salvíficos de Dios,

Notas

entendiendo que el ordenamiento de lo temporal es campo propio de los laicos, quienes guiados por la conciencia cristiana y con la responsabilidad de su competencia en los asuntos profanos, pueden y deben orientar cristianamente las estructuras y los ambientes, la cultura y las realizaciones humanas. Sin imponer formas particulares de pensamiento y de acción en lo temporal, la doctrina de la Iglesia sostiene que son susceptibles de inspiración cristiana las diversas formas y actividades humanas en el campo social, económico y político.

18. — Tampoco tienen razón quienes ven con desconfianza todo avance positivo de adaptación de la Iglesia al mundo actual, como si el proceso temporal del mundo no estuviera también bajo la providencia y el amor de Dios; ni quienes, en el extremo contrario, para sustentar tesis propias desvían el sentido auténtico de los documentos eclesiásticos hacia interpretaciones subjetivas, acomodaticias y caprichosas.

V — Requisitos para el Cambio

19. — Esta misma diversidad de reacciones pone en evidencia que la Iglesia, entendida en su realidad integral del Pueblo de Dios, se halla frente a una innegable necesidad de renovación para ser fiel a su vocación.

20. — Ante todo, ha de vivir en permanente proceso de conversión al Evangelio, cuya esencia está en el amor iluminado por la fe. Esto supone una reforma personal, sobre todo interior, de todos y cada uno de sus miembros, sin la cual carecerían de base las actitudes que se requieren para propiciar el cambio.

21. — Esta disposición básica debe llevarnos a una actitud de diálogo dentro de la Iglesia misma, y de ésta con todos los hombres. “El clima del diálogo es la amistad”. Para llegar a él es preciso que se aprenda a hablar y a escuchar, a dar y a recibir, en busca de recíproca complementación, partiendo de un humilde reconocimiento y respeto de los valores personales de ambos dialogantes. Y no debe satisfacerse con el logro de palabras o conceptos más claros, si no ha de conducir al esfuerzo conjunto de “inventar con imaginación creadora la acción que corresponde realizar, que habrá de ser llevada a término con la *audacia del espíritu y el equilibrio de Dios*”. Este diálogo implica el reconocimiento práctico de la autonomía de lo temporal y la existencia de muchas realidades en las que la Iglesia no tiene competencia porque “gozan de propias leyes y valores”; y “no puede ser una debilidad respecto al compromiso de nuestra fe”.

22. — Del diálogo es necesario pasar decididamente a la acción. Es deber de todos los que formamos la Iglesia asumir un comportamiento de verdadero servicio al hombre. Esta conciencia de servicio efectivo nos mantiene en actitud de cambio de la inmovilidad al dinamismo; nos impone la renuncia a toda ambición de poder y a todo compromiso que impida discernir los acontecimientos y las situaciones de injusticia o cualquier otro desorden, con entera libertad; nos exige adaptar las formas del servicio que la Iglesia siempre ha prestado, a las condiciones concretas del hombre y de la sociedad y nos impele a idear nuevas formas para hacer a la Iglesia vitalmente presente en la historia, hasta el final de los tiempos.

23. — Esta misma actitud de amor, traducido en servicio, ha de impulsar a los miembros de la Iglesia a una actitud de pobreza interior y exterior, que nos constituye en testigos de Cristo, “quien, siendo rico, por nosotros se hizo pobre a fin de que nos enriquezcamos con su pobreza”, y que nos lleve a estimar los propios bienes y disponer de ellos con relación a los demás, según la palabra del Papa Juan XXIII: “Es deber de todo hombre y deber impelente del cristiano considerar lo superfluo teniendo como medida las necesidades de los demás, y cuidar de que la administración y la distribución de los bienes creados se pongan en provecho de todos”.

24. — Y no solo en lo económico sino también y primordialmente en lo espiritual (moralidad, cultura, participación en la vida cívica y social, etc.), este espíritu debe llevarnos a todos a compartir con los espiritualmente pobres los dones que por la gracia de Dios hayamos recibido, de suerte que la aproximación de los extremos se realice en el más alto nivel posible.

25. — Todo lo cual nos pidió clara y apremiantemente el Papa Pablo VI en Bogotá, cuando dijo: “A vosotros se os pide la generosidad. Es decir, la capacidad de sustraeros a un inmovilismo de vuestra posición, que puede ser o aparecer privilegiada, para ponerlos al servicio de quienes tienen necesidad de vuestra riqueza, de vuestra cultura, de vuestra autoridad. Podríamos recordaros que el espíritu de pobreza evangélica, la cual rompiendo las ataduras de la posesión egoísta de los bienes temporales, estimula al cristiano a disponer orgánicamente de la economía y el poder en beneficio de la comunidad. Tened, vosotros, señores del mundo e hijos de la Iglesia, el espíritu instintivo del bien que tanto necesita la sociedad. Que vuestro oído y vuestro corazón sean sensibles a las voces de quienes piden pan, interés, justicia, participación más activa en la dirección de la sociedad y en la prosecución del bien común. Percibid y emprended con valentía, hombres dirigentes, las innovaciones necesarias para el mundo que os rodea; haced que los menos pudientes, los subordinados, los menesterosos, vean en el ejercicio de la autoridad la solicitud, el sentido de medida, la cordura que hacen que todos lo respeten y que para todos sea beneficioso”.

VI — Compromiso en el Cambio

26. — Los planteamientos que hemos hecho no son simplemente un programa por el cual se puede optar o no optar, sino un deber que forma parte de las exigencias que Cristo y la Iglesia imponen a los bautizados. Ni es compromiso de unos pocos sino de todos cuantos formamos el Cuerpo Místico de Cristo, en su admirable variedad de funciones, vocaciones, estados y profesiones. Según las declaraciones del Episcopado Latinoamericano: “Son responsables de la injusticia todos los que no actúan en favor de la justicia por los medios de que disponen, y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz. La justicia, y consiguientemente la paz, se conquistan por una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales sin el apoyo popular”.

27. — Solo con la acción de todos cuantos integramos la Iglesia de Cristo, ésta podrá ser instrumento eficaz de salvación integral, conforme a los planes de

Notas

su Fundador. Es preciso por lo tanto que, superando los antagonismos y divisiones que nacen del egoísmo individualista o de grupos, se llegue a una unificación de criterios indispensable para la acción conjunta y eficaz.

28. — Y para el acierto en esta acción, se requiere por una parte reconocimiento y aceptación sincera de la realidad, y por otra ponderación de juicio para darle adecuadas y eficaces respuestas. Las soluciones simplistas, quiméricas o erróneas, en vez de remediar las situaciones, las oscurecen y agudizan.

29. — La Jerarquía Colombiana, que en diversas ocasiones, sea en documentos particulares de los Obispos, sea en Mensajes de la Conferencia Episcopal, ha manifestado su solidaridad con el hombre, y en especial con los que justamente reclaman mejores condiciones de vida, ha estudiado en esta Asamblea las conclusiones de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, para darles aplicación en nuestra patria. Para ello ha oído las múltiples voces de nuestro tiempo, tratando de juzgar y valorar las diversas opiniones a la luz del Evangelio, y se ha servido de la eficaz colaboración de sacerdotes ilustrados y seglares competentes.

30. — La Conferencia Latinoamericana y la nuestra van señalando rumbos para un proceso que ha de cumplirse con acción perseverante y con adecuación a la realidad tan cambiante de nuestros tiempos. A esto tienden los estudios y conclusiones de esta XXV Asamblea Plenaria del Episcopado Colombiano, que próximamente presentará al Clero, a los religiosos y a los fieles para el estudio y práctica aplicación. La renovación constructiva y verdaderamente humanizante no es obra de un día. Pero es urgente que no dilatemos la acción. Que las exigencias del Evangelio estimulen y dirijan la actividad de todos los miembros de la Iglesia, para que ella sea, también en la inquietud de nuestros días, luz y fuerza al servicio de nuestros hermanos.

31. — “Debemos servir y amar a la Iglesia tal cual es, con sentido inteligente de la historia y con humilde investigación de la voluntad de Dios, que asiste y guía a la Iglesia, incluso cuando permite que la debilidad humana ofusque algún tanto su pureza de líneas y la belleza de su acción. Estamos buscando y queremos promover esta pureza y esta belleza”.

32. — Para lograrlo imploramos la protección de la Santísima Virgen María, Madre de Cristo y de la Iglesia. Bajo su mirada maternal Jesucristo “iba creciendo en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres”. Igualmente bajo su amparo maternal esta porción del Cuerpo Místico de Jesucristo, que es la Iglesia en Colombia, seguirá adelantando su labor de maduración y perfeccionamiento. Por ello los pastores de esta Iglesia concluimos nuestras deliberaciones y formulamos nuestro propósito de realizarlas, ante la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, que fue coronada como Reina de Colombia, hoy hace justamente 50 años.

Julio 9 de 1969

LA INDEPENDENCIA DE ANTIOQUIA

Por Guillermo Jaramillo Barrientos

Tiene marcado interés el hojear historias que ya van siendo viejas, para darnos cuenta de cómo nació y se hizo vida en el ánimo de los antepasados el criterio de libertad política que cristalizó cuando se decretó la independencia.

Esto se escribe en forma sintética y con fines de divulgación.

El sentido de la libertad lo trajeron varios de los mismos conquistadores, que al emprender sus expediciones procuraban no solo lo que les indicaban los mandatos recibidos, sino cuanto se refería a su propia conveniencia, menos ligámenes, menos dependencia; como lo hizo el loco que la historia llama el Tirano Aguirre, como lo procuró Belalcázar en relación a Pizarro; Robledo con Belalcázar, Gonzalo de Oyón y muchos de menor tamaño. Era normal manera de proceder en el espíritu aventurero que tenía que acompañar a esos soldados, que abandonaban sus lares y entraban en lo primitivo y selvático de estas montañas.

Anotan los que han tratado estos aspectos de los tiempos pasados, que la organización municipal que mantuvo España, regida por cabildos, los actuales concejos municipales, fue enseñanza de autonomía administrativa y en gran parte gubernativa, pues los cabildos en la Colonia tenían las mismas facultades que los de la Península.

Esos concejos no estaban integrados como lo están hoy, ni se elegían como hoy se eligen. Eran electores el Alférez Real, el Alcalde provincial, el alguacil mayor, el procurador, los Alcaldes ordinarios, el fiel ejecutor y los regidores. Los nombrados para esos cargos integraban el cabildo, excepto el Alférez, que tenía un origen superior. Esas dignidades se obtenían mediante pago de alguna cantidad, fijada en ordenamientos.

Los cabildos tenían autoridad para disponer cuanto estimaran conveniente al común, sujetándose solamente a disposiciones de orden superior, reales cédulas, leyes y ordenanzas.

Fueron acicate poderoso para las ideas de separación de la metrópoli los abusos de los encomenderos. La encomienda era la cesión hecha a un peninsular del derecho que tenía el Rey al tributo de un grupo de indios, que se pagaba en frutos o en trabajo, con la retribución de proveer al bienestar espiritual y material de los naturales.

Es la verdad que si las leyes españolas atendían a la protección de los indígenas, los encargados de practicarlas las desatendían con codicia y abusaban en forma que acostumbraron a los criollos a ver en los españoles no a sus benefactores sino a sus subyugadores. Ese sentimiento creó la necesidad de pensar en quitar la opresión.

Se fundó además el espíritu de autonomía en el pésimo y constante régimen tributario a que fue sometida la colonia.

Bajo el gobierno del presidente don Antonio González (1590-1597) se presentó el movimiento de rebeldía a pagar contribuciones, especialmente la alcabala, consistente entonces en un porcentaje en toda venta o cambio. Vinieron infor-

Notas

mes sobre movimientos análogos en Quito en 1765, en Bogotá durante el mando del gobernador José López de Carvajal (1710); en Vélez en 1740, y de mayor significado el movimiento de los comuneros en más de sesenta poblaciones de Santander, iniciado en El Socorro el 16 de marzo de 1871, en días en que esos impuestos fueron aumentados para pagar la armada de Barlovento, sucesos de trascendencia máxima que no narro porque son ampliamente conocidos como páginas de estudio obligatorio en toda cátedra de historia patria, pero es conveniente repetir que entre otros puntos solicitaban que para proveer ciertos empleos habían “de ser antepuestos y privilegiados los naturales de esta América a los europeos, por cuanto diariamente manifiestan la antipatía que contra la gente de acá tienen, sin que baste conciliarles correspondida amistad, pues están creyendo ignorantemente que ellos son los amos y los americanos todos sin distinción sus inferiores y criados” (Briceño, Los Comuneros).

Siguiendo la corriente ya los antioqueños comenzaron a aspirar a menos impuestos, a salir del régimen de los artículos estancados, de monopolio oficial y a ser gobernados por los hijos de su propia tierra.

“Efectivamente, el levantamiento de los comuneros repercutió en los minerales de Guarne y La Mosca el 17 de junio de 1781, fecha en la cual Bruno Guiral, Francisco e Ignacio Zapata, soliviantados por el capitán a guerra Alonso Jaramillo y su hermano Manuel, capitanearon a trescientos vecinos, precedidos de un tambor y armados con sables, espadas, garrotes, machetes, mojanas, lanzas, escopetas, piedras en mochila, etc., pedían que se diesen dos mazos de tabaco por tomín, y una limeta de aguardiente por dos tomines, así como también que en el Valle de San Nicolás no gobernasen los forasteros en el ramo de justicia y que se consagraran los derechos de mazamorreo”.

“A consecuencia de los abusos cometidos por los agentes del gobierno con los sembradores de tabaco, se levantaron poco después en Sopetrán y Sacaojal, Juan de Lastra y Pablo Flórez, con 130 hombres armados, a los cuales se agregaron ciento cincuenta de San Jerónimo; se apoderaron de las canoas en el paso del Cauca y pedían la extinción de los estancos de aguardiente y de tabaco, así como también la libertad de sembrar y cultivar esta hoja. El gobernador Buelta Lorenzana no disponía de fuerzas suficientes para dominar a los insurrectos y por mediación del vicario de la ciudad de Antioquia, doctor José Salvador Cano, les concedió lo que solicitaban. El negocio subió sin embargo a Santafé y terminó por un indulto que concedió el Arzobispo-*virrey*”.

He transcrito lo anterior de la Historia de Colombia que escribió Julio César García, que sigo en buena parte.

Si los duros gravámenes a favor de la Península, colectados a nombre de la fidelidad al Rey, fueron acicate para desear un gobierno autónomo, el movimiento antiesclavista lo fue y poderoso para fomentar otra norma fundamental: la dignidad humana.

Por el debilitamiento y la semi-extinción de la raza indígena, se necesitaron brazos para trabajar las minas de oro. Se recurrió al comercio de negros esclavos, que se traían de Africa, que llegaron a Antioquia, principalmente a Remedios, en crecido número. Toda familia acaudalada tuvo una servidumbre proporcionada a su capacidad.

A fines del siglo XVIII se propagaron las ideas de humanidad, y fue en Antioquia donde primero dio el ejemplo doña Javiara Londoño, viuda del mayor Ignacio Castañeda, quien en 1767 dio carta de libertad a 125 esclavos suyos, les cedió una propiedad minera en el Guarzo para que la explotaran por su cuenta, y creó rentas para dar dotes a las doncellas pobres de Rionegro, Llanogrande y Marinilla. Tales procederes en una figura procerca, en quien florecieron los más bellos sentimientos, son más admirables si se tiene en cuenta que no sabía firmar.

Don Lorenzo de Agudelo de la ciudad de Antioquia, en 1781 dio carta de libertad a 80 esclavos que trabajaban en su mina de Buenavista. Las autoridades consideraron subversivo el hecho y fue llevado a prisión a Portobelo.

Al finalizar el mismo año, los esclavos de los señores Loras propagaron un movimiento para conseguir la libertad por la razón o la fuerza; alegaban una real cédula que no había sido publicada por el Cabildo de Antioquia. Consiguieron adeptos en Rionegro, Marinilla, Medellín, San Jerónimo, Belmira y San Andrés en crecido número; pero intervinieron a tiempo las autoridades. Eran jefes el negro Pelayo, Javier García y el negro José; el primero fue perdonado, los otros fueron enviados presos a Santafé.

Es sabido que prosperó con la independencia la libertad de los esclavos, se consumó durante la república y hoy queda el principio elevado a canon constitucional, como un recuerdo histórico.

Causa más próxima y valiosa para que llegara la autonomía nacional fue la ilustración de los dirigentes.

Ya en la primera década del siglo XIX contaba esta tierra con numerosos hombres distinguidos en el saber, nacidos aquí, que habían cultivado sus mentes, cuyos principales núcleos estaban en las ciudades de Antioquia, Medellín y Rionegro. Ellos sabían de la independencia de Estados Unidos, reconocida en 1784 y del interés de Inglaterra por acabar con el monopolio comercial, que España mantuvo sobre sus posesiones ultramarinas.

El primer antioqueño que ocupó la gobernación de la provincia de Antioquia, fue don Juan José de Lora, hombre modesto, quien tuvo como dirigente de su actividad a don José Antonio Gómez, según su propio testimonio.

Don Francisco de Ayala, panameño, fue gobernador desde el 15 de julio de 1805. En 1810 tuvo que regir esta provincia, en marcha ya el movimiento independiente. Ocurrió este incidente significativo: el 4 de noviembre de 1807 luego de la misa solenne hubo besamanos en la casa del gobernador para festejar el onomástico de Carlos IV. Don Angel José Martínez, alcalde ordinario, don José Salvador Villa, don Toribio de Lora y don José M. Barcenilla, regidores del cabildo, no concurrieron, lo que produjo escándalo al gobernador, quien los multó con 20 patacones por cabeza. No valió pedir reconsideración. En Bogotá los absolvieron de tan pequeño pecado de lesa majestad. Narra el incidente don José María Restrepo Sáenz en "Gobernadores de Antioquia".

El presbítero José Miguel de la Calle, envigadeño, elegido por Rionegro al congreso provincial.

Don Pantaleón Arango, hijo de don Juan Tomás, alcalde de Medellín y su diputado al congreso provincial y al colegio electoral.

Eran hombres ilustres, ampliamente conocidos de todos el doctor José Félix de Restrepo, el citado don José Manuel Restrepo, el doctor Francisco Antonio Zea y muchos otros de altura, pero menor que la de éstos.

Notas

No cabe en los límites de este estudio en resumen la lista de los hombres de importancia que representaron la cultura del momento histórico. Se formaron muchos de ellos en los colegios de San Bartolomé o del Rosario en Bogotá; otros lo fueron por su propio esfuerzo. Don Juan Esteban Martínez, Doctor José M. Ortiz, Doctor Jorge Ramón de Posada, Don Diego Gómez de Salazar, Don Francisco Javier y Don Felipe Barrientos, etc.

La vida colonial andaba tranquila cuando comenzó a fermentar el principio de autonomía por las informaciones que llegaban de España sobre la incapacidad de Carlos IV, sobre los errores de Manuel Godoy, favorito de la reina María Teresa de Parma, sobre la ineptitud de Fernando VII, sobre la invasión por los ejércitos de Napoleón, la abdicación de Bayona y el no menos inocuo reinado de José Bonaparte, débil y bohemio, de 1808 a 1813.

Los calificativos de agosto soberano, serenísimo monarca, majestad católica y los demás que expresaban la fidelidad, la admiración y el vasallaje, se desvalorizaron. Debilitado y desacreditado el régimen, se necesitaba pensar en la organización propia.

Llegaron informaciones sobre la Junta Suprema de Sevilla, de la publicación de "Los Derechos del Hombre", por Don Antonio Nariño y circuló manuscrito el "Memorial de Agravios" de Camilo Torres, dos documentos que localizaron el sentido de la hora y aflojaron al máximo la autoridad de los peninsulares.

El Cabildo de la ciudad de Antioquia pidió al de Rionegro el 10 de agosto de 1810 enviara delegados para escoger un representante al congreso en la capital del Nuevo Reino. Ya habían llegado informes sobre el 20 de julio. Crecía el descontento.

Los cabildos de Antioquia, Medellín, Rionegro y Marinilla, nombraron cada uno dos diputados que se reunieron en la primera de esas ciudades en congreso provincial, que laboró del 30 de agosto al 7 de septiembre, que presidió el cartagenero doctor Juan Elías López como delegado del gobernador Ayala, quien resignó el mando en la Suprema Junta, integrada por los representantes de las poblaciones.

La junta dictó el 27 de junio de 1811 una constitución provincial en que por última vez se hicieron declaraciones sobre fidelidad a la Corona; se pone "que desde el instante en que el señor don Fernando VII sin el consentimiento de la nación abdicó la corona en una extranjera dinastía, y fue cautivado por el emperador de los franceses, los pueblos, y entre ellos el de Antioquia, reasumieron la soberanía y los sagrados e imprescriptibles derechos concedidos al hombre por el Autor Supremo de la Naturaleza, en cuyo goce y ejercicio entraron desde el 20 de julio, que fueron depuestas en Santafé las autoridades que indebidamente lo impedían".

Se envió esa carta a los Cabildos. La publicaron en sesiones extraordinarias, con acompañamiento de pólvora, entre el temor de los españoles y el ánimo de los criollos.

Vigente esa primera carta orgánica entró el doctor José María Montoya a ejercer como primer presidente constitucional del Estado desde el 29 de julio de 1811; rionegrero, graduado en leyes en el Colegio de San Bartolomé en Bogotá, representante de su tierra en el congreso provincial de 1810. Su hijo fue el coronel José Manuel Montoya.

El 22 de agosto del mismo año ratificó el presidente el tratado de amistad y auxilio con Cundinamarca, acordado por don José Manuel Restrepo y don Manuel Bernardo Alvarez, diputados por las partes.

Fue segundo presidente el doctor José Antonio Gómez, natural de Medellín; estudió en el Colegio de San Bartolomé. Se posesionó en octubre de 1811, lanzó proclama llamando a los antioqueños a las armas.

Por muerte del doctor Gómez el 10 de octubre de 1812, ocupó la presidencia don José Miguel de Restrepo, de Copacabana, quien igualmente difundió proclama llamando a las armas para defensa común. Firmó en Antioquia el 10 de noviembre siguiente el reconocimiento del congreso de la Nueva Granada como autoridad suprema de las Provincias Unidas. Tuvo una original polémica con Nariño por la descentralización, ayudó a la defensa de Popayán contra Sámano, y mantuvo el título de Presidente del Estado. Fue consejero de gobierno su hijo, el gran repúblico e historiador, doctor José Manuel Restrepo.

Le sucedió don Juan del Corral, cuyos hechos ilustres narra la historia.

Así llegamos al 10 de agosto de 1813. Ha sonado la hora. Elevad los corazones porque al día siguiente brillará sobre estas montañas el sol de la libertad.

EL TOMISMO Y LA CIENCIA MODERNA

Traducción de Manuel Angel M.

Monseñor André Combes, benemérito fundador e insigne director de la Cátedra de Santo Tomás, ha empezado su discurso del 10 de marzo de 1968, recordando que, ante todo, no se trata de una cátedra de sacra elocuencia, sino de una institución científica, que por el estudio metódico y exhaustivo de las obras del doctor Angélico, tiende a mostrar objetivamente que el *Tomismo está vivo*. Primero que todo está vivo en el mismo Santo Tomás, rectamente comprendido; está vivo también, en toda la tradición Tomista, que no ha perdido nada de su fuerza y de su rayo de influencia; está vivo, finalmente, por la misma virtud de seducción que no cesa de tener influencia sobre personas contemporáneas famosas, como Etienne Gilson y Jacques Maritain, para no citar sino dos pensadores franceses. Sin embargo para quitar del error a cuantos se imaginan que esta seducción no se ejercita sino sobre filósofos que pertenecen a la generación que nos precede, ha dicho que había juzgado oportuno invitar a tres científicos, en plena actividad, entre los cuales había un joven profesor de matemáticas de la Sorbona que al descubrir en la doctrina Tomista la sicología o la metafísica que necesitaba, sacaba más provecho a su misma especialización científica.

El doctor Lamasson, presidente de la Sociedad Francesa de Homeopatía y de la Liga Homeopática Internacional, tomó primero la palabra. Su objetivo principal, dijo, es explicar porqué por su pertenencia a la Tercera Orden Franciscana, después de haber reaccionado contra la enseñanza oficial de una medicina materialista adoptando una medicina más realista, más adaptada para acercarse a las distintas actitudes de los enfermos y con el fin de conocer y comprender mejor las reacciones de cada uno de los pacientes, fue inducido a aceptar espontáneamente la sicología de San Buenaventura. Luego, a causa del carácter simbólico de la analogía buenaventuriana, de la localización del alma en el cora-

zón, de la triple jerarquía de las funciones del alma, se sintió empujado a abandonar una doctrina incapaz de sostener un sistema médico-filosófico equilibrado; al fin se adhirió a la analogía tomista (en la cual cada criatura, en un universo de formas y de sustancias, participa sólidamente su ser, y está esencialmente en sí mismo antes de representar a otro ser que no es) y a la sicología del doctor Angélico, como la sola capaz de comprender igualmente a la persona enferma y a la sana.

El ilustre médico ha concluído con firmeza: "No puede haber sino una sola medicina: la que reconoce el hilomorfismo; el alma es un acto que conforma el cuerpo material; es con esta sola condición que el médico puede servir mejor a su prójimo y recordarle al presentársele la ocasión, que el alma es un acto y que no se tiene acto sino de Dios. Solamente si se está empapado de la Filosofía de Santo Tomás de Aquino, la medicina contemporánea podrá cumplir plenamente su función de curar y sanar tanto los cuerpos como las almas, estas almas que han sido creadas por Dios para conocerlo, servirlo y glorificarlo por toda la eternidad".

Aquí intervino el doctor Lamarche, superior de un centro de curación, único en Francia, y tal vez en el mundo, presentando pruebas más claras y más vigorosas de un siquiátra convertido del protestantismo liberal a la Iglesia Católica, manifestando, bien entendido, la importancia y utilidad de todas las adquisiciones de la ciencia moderna, que no ha vacilado en declarar que la Iglesia con su tradición le ha procurado un mejor conocimiento del hombre que todos los estudios, todos los trabajos y todas las teorías científicas que se vio obligado a asimilar durante una carrera bastante larga. El ha justificado esta afirmación recordando que en el hombre "se necesita tener presente el misterio relacionado con el problema de su libertad". *Solo Dios escruta los riñones y los corazones*. La profundidad del hombre se sitúa más allá de lo que se llama hoy la sicología del profundo". Luego añadió: "La experiencia diaria nos demuestra a nosotros los siquiátras que tenemos éxito en nuestras tareas solo en la medida en que aceptamos ser los humildísimos instrumentos de la Voluntad Divina". No nos maravillamos que semejante humildad y sumisión positiva hayan conducido a este siquiátra a constatar, que todas las teorías, en particular las más recientes, se detengan en un punto muerto, porque "si la sicología y la siquiátria quieren ser objetivas e integrales, deben estar fundadas, no solamente en el aspecto existencial sino también en el aspecto esencial del hombre, "ellas, o son ontológicas o no son". He aquí porqué el comienzo de un largo camino, cuyas principales etapas se han vuelto notables, descubriendo que el hombre por estar en equilibrio y por lo tanto en buena salud, debe actuar conforme al orden en que ha sido creado y para el cual fue destinado, el doctor Lamarche ha podido concluir. Una terapéutica es plenamente eficaz solo si está de acuerdo con la enseñanzas del Cristianismo. Vivir en conformidad con la fe cristiana es a la vez tarapéutico y profiláctico. Hoy más que nunca tenemos necesidad de la enseñanza de la filosofía perenne y de la teología del Doctor Angélico. El ilustre siquiátra terminó comentando un texto bastante sugestivo del De Malo (q. 1, a 3).

Hablando, al final, en términos matemáticos, el Profesor Benzecri, Director del Laboratorio de Cálculo en el Instituto de Estadística de la Sorbona, ha propuesto con singular maestría, algunas reflexiones técnicas, en las cuales el filósofo se adelanta al científico; "algunos, dice él, para hacer entender al mundo nuevo, nacido de la técnica, el antiguo mensaje de la salvación, se creen en el deber de poner en duda la filosofía perenne". A menudo, con verdadera seguri-

dad, Pedro, no se deja repetir de nosotros que el conocimiento filosófico de Santo Tomás, trasciende al tiempo y conserva todo su valor para la humanidad de hoy. (Carta de Paulo VI al Superior de los Dominicos en 1964). Pero muchos se maravillan que un profesor de matemáticas, cuyo trabajo particular es aplicar las matemáticas a las ciencias humanas, pueda hoy pronunciar una conferencia ante un areópago donde, en otros tiempos, no hubiera sido prudente ni siquiera recibirlo como oyente.

Consciente, al mismo tiempo, de su insuficiencia personal y de la necesidad de su trabajo, viene él a echar su vino nuevo sobre los otros que no envejecerán jamás. En efecto, ya que la Ontología tiene por objeto lo que de análogo e invariable tienen todos los conocimientos positivos, un descubrimiento científico puede ser nuevo sin serlo a la luz de los principios. Es siempre el Uno, el Ser, el Múltiple o el Contingente... el que se descubre en todas partes.

Pero no se le puede ver sino en alguna cosa. Por otra parte los principios son el objeto de una ciencia última que es la más alta de todas las ciencias de la naturaleza; por otra parte, para nosotros, aquí en la tierra, el conocimiento de los principios mismos requiere el juego contingente de los sentidos (Suma Teológica I, II, C. 5. I a I). Así la metafísica de Aristóteles, o su visión tomista son siempre buenas, aunque los ejemplos de física sean extraños, a menudo engañosos (porque en la ciencia positiva se dice que era falso lo que se decía en un lenguaje diverso al nuestro, cuando se nos encontraba en otro nivel de experiencia objetiva).

Pero pertenece a cualquier estudioso, o al menos a alguna generación de estudiosos, prestar a estas verdades inmutables el apoyo de nuevas indagaciones, fecundando éstas con aquéllas.

Tal ha sido el estado de esta conferencia; el notable orador se ha empeñado en ilustrar con ejemplos su prueba de investigador. Discípulo de Santo Tomás, hijo dócil de la Iglesia, el Profesor Benzecri declaró haber descubierto en su trabajo que exactamente donde la nebulosidad del idealismo subjetivista vela el objeto, el hilemorfismo ayuda a descubrir su íntima estructura. De frente a los dudosos y a los inquietos de cada tiempo, ha concluido en modo particularmente sugestivo, recitando la oración de Moisés y de Aarón (Num. 20): "Domine Deus, audi clamorem huius populi, et aperi eis thesaurum tuum, fontem aquae vivae, ut satiati cesset murmuratio eorum".

Monseñor Gerard, Procurador General de San Sulpicio, Doctor en Medicina y en Teología, diplomado en Siquiatría, consultor de la Sagrada Congregación por la doctrina de la Fe y profesor de la Universidad Lateranense ha aceptado al fin como conclusión su autorizado testimonio de sacerdote médico.

Subrayando con fuerza y brío, desde el mismo punto de vista, el valor perenne de la noción, clásica según Santo Tomás y sus contemporáneos, de una procesión temporal del Espíritu Santo, ha puesto a la luz la sabiduría de la Iglesia, que para constatar el heroísmo de los Siervos de Dios, no hace el inventario de sus actividades, sino que sigue el itinerario del mismo Espíritu que trabaja y cincela un alma "de lo alto a lo bajo". Descartando entonces el famoso esquema freudiano que, yendo "de lo alto a lo bajo" reduce la inteligencia y la voluntad a un papel secundario e ineficaz. Monseñor Geraud ha afirmado que la gracia sigue un itinerario inverso.

Partiendo de las facultades superiores, ella no cesa de empapar al bautizado de su afectividad, en su mismo cuerpo, para hacer entrar a los hombres en órbita de Dios. Nada más verdadero, en perspectiva clínica que el adagio de Santo Tomás:

“Nulli alii corpori nisi humano unitur substantia intellectualis ut forma” (Contra Gentes, II, 90). Pero es delante del Tabernáculo donde Santo Tomás encontró, por su inteligencia y por su fe, la respuesta total: “Adoro te devote, latens Deitas”.

La fuerza excepcional de este cuádruple testimonio, aparecerá mucho mejor cuando la Universidad del Laterano publique íntegramente estos textos que sólo parcialmente, por falta de tiempo se han podido comunicar al amplio y calificado auditorio.

El Cardenal Vicario, después de haber agradecido a los oradores, que ellos a la vez agradecieron, ha reafirmado, en términos particularmente elevados y eficaces, la perenne validez del pensamiento de Santo Tomás. Extremadamente significativo, dijo Su Excelencia, la afirmación del Aquinate a propósito de la autoridad del magisterio del Papa al anular las controversias doctrinales. También de frente a los Padres y a los Teólogos, la certeza última y definitiva viene de la decisión del Romano Pontífice.

Al Santo Padre el Cardenal ha dirigido un pensamiento filialmente devoto, leyendo después el noble mensaje de bendición y buenos deseos.

Eminentísimo Cardenal Luigi Traglia, Gran Canciller de la Pontificia Universidad Lateranense: Espiritualmente presente en la solemne sesión que la Cátedra de Santo Tomás de la Universidad Pontificia Lateranense ha convocado para la víspera de la fiesta del Angélico Doctor, Su Santidad alaba tan noble iniciativa, dirigida a honrar a Santo Tomás de Aquino y a demostrar la perenne vitalidad de su poderosa síntesis teológico filosófica y su luminosa irradiación también en los campos del saber actual, estimulando a la prometedora escuadra de jóvenes estudiantes para que llegue a las fuentes del Aquino, seguridad orientadora de doctrina y de método, el Santo Padre de corazón imparte a Vuestra Eminencia, al Rector Magnífico, a los profesores y alumnos de la Universidad Lateranense, a los mentores de la sesión y a las excelentes personalidades presentes, una particular Bendición Apostólica, propiciatoria constante de dones y de sabiduría celestial.

PABLO VI EN GINEBRA

Por Belisario Betancur C.

Para nosotros, los hombres de Latinoamérica, el viaje de Su Santidad el Papa Paulo VI a Suiza constituye un acontecimiento histórico de singular importancia. Nuestro continente se ha convertido en un hervidero humano, alimentado por la esperanza de una redención verdadera. Una serie de cambios sucesivos, imperceptibles las más de las veces, ha ido acumulando, lentamente, la energía necesaria para darle el vuelco a las estructuras sociales, a fin de restablecer el orden de la creación. Nuestros obispos, reunidos en Medellín, el año pasado, bajo la mirada providente del Pontífice de Roma, conscientes de su misión evangélica y responsables de su condición de latinoamericanos, hijos de la Patria Grande, dieron el salto y colocaron a la Iglesia de Cristo al servicio del cambio social.

Paulo VI, huésped de la ciudad de Ginebra, es algo más, mucho más, que la noticia del año. No se trata de un viaje más del Pontífice peregrino. Las ciudades a veces dejan de serlo, en el sentido estricto, para convertirse en hitos de la historia. Acaban por confundirse con los acontecimientos que, en un momento

dado, sacudieron sus muros. Son referencias pedagógicas que dictan lecciones a la posteridad. Roma, para nosotros, los católicos, encarna la ortodoxia; Ginebra nos recuerda la sede y la cátedra del primer teólogo de la Reforma. Hoy es la sede de la Organización Internacional del Trabajo, además. El obispo de Roma en la ciudad de Calvino es un suceso insólito que señala una época en la historia de la Iglesia Católica. La época del ecumenismo cristiano.

Paulo VI, el Papa del ecumenismo, prefiere edificarlo sobre esa realidad concreta que es el hombre. Esta ha sido una de las características de su apostolado. El hombre en primer lugar. El hombre hecho a semejanza de Dios y asociado por El a la obra de la creación. Obra que, según el Papa lo advirtió en su discurso, expresando la más genuina teología cristiana, el hombre debe concluir y engrandecer, humanizándola por medio del trabajo. Porque en el trabajo Dios participa al hombre su misma naturaleza. Por el trabajo, el hombre domestica la materia, la pone a su servicio, se enseorea sobre ella. El trabajador es, por consiguiente, el hombre por excelencia, porque el trabajo hace de él la imagen de Dios. Por eso, para edificar el ecumenismo cristiano, concurrió a Ginebra, la ciudad antagónica de Roma, a reunirse y hacer causa común con los trabajadores del mundo.

Es apenas natural que, cuando se trata de exaltar al hombre, desde el punto de vista cristiano, se tome como arquetipo al trabajador. Porque, si bien es cierto que hoy la humanidad reconoce que el trabajo es la verdadera dimensión del hombre, lo que le da fisonomía propia, la raíz de su dignidad personal, esto solamente vino a ser posible cuando germinó la semilla del Evangelio.

La historia de la humanidad, podemos afirmarlo sin riesgo de equivocarnos, se reduce, en su más simple expresión, a relatar las peripecias de la indigencia humana. Una profunda huella impresa en el corazón del hombre nos recuerda todavía que hubo un tiempo en el cual la esclavitud era la condición de la inmensa mayoría de los hombres. ¿Acaso, el proletariado latinoamericano, el proletariado de Africa, el de Asia y el de los países desarrollados, es algo diferente a una nueva modalidad del esclavismo?

Paulo VI lo siente así. Al subrayar la importancia del trabajo realizado por la OIT lo recuerda con estas palabras:

“No siempre fue así, bien lo sabéis, en la ya larga historia de la humanidad. Piénsese en la antigua concepción del trabajo (cfr. Cicerón, *De Officiis* 1, 42), en el descrédito que lo rodeaba, en la esclavitud que llevaba consigo; hay que reconocer que, por desgracia, esta horrible plaga no ha desaparecido todavía por completo de la faz del mundo”.

En efecto, por boca del orador latino se expresa el pensamiento helénico de los romanos del ocaso de la República, cuando exclamaba: “¡el trabajo es indigno del hombre libre!”.

La civilización griega legó a la humanidad, como si se tratara de otro pecado original, el menosprecio por el trabajo, el desprecio por el trabajador. La cuna de aquella gran cultura fue alimentada por la sangre de los esclavos. Fue necesario que una gran masa humana sucumbiera bajo el peso de la labor cotidiana, para que un pequeño contingente de sibaritas pudiese vacar a la contemplación de la verdad y la belleza, sobre el suelo amable y hostil del promontorio griego. La filosofía y las artes son el resumen de la fatiga y del dolor de todo un pueblo uncido al yugo de la servidumbre. Tales eran las condiciones que imponía el modo de producción.

Fue el cristianismo, heredero directo del pueblo de Israel, el encargado de difundir por el mundo el nuevo mensaje que le ha permitido al hombre descubrir

que el trabajo es la característica fundamental de la condición humana. Lo que muestra enseñando a los hombres como "El Hijo de Dios, haciéndose uno de nosotros (Jn. 1, 14), se convirtió también en un trabajador al que se designaba sencillamente, en su ambiente, por la profesión de los suyos: Jesús es conocido como "el Hijo del Carpintero" (Mt. 13, 55). El trabajo del hombre adquirió así las más altas credenciales de nobleza que se pueden imaginar".

El hombre está llamado a ser partícipe de su propio destino, tiene una misión concreta en el tiempo y le corresponde una vocación divina. "En los destinos de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta" (PP, 15). Le han sido dadas, por eso mismo, desde su nacimiento, posibilidades, dones, dotes y disposiciones propias, que debe hacer fructificar. Para lo cual es indispensable que todos estos dones, dotes, aptitudes y disposiciones se desarrollen hasta la plenitud. Lo cual no se logra sin un ambiente propicio que brinde a cada hombre la totalidad de las posibilidades que requiere su desarrollo personal. En el hombre ha sido también sembrada, en el interior, una semilla divina que debe hacer germinar hasta la plenitud.

La realización de la vocación humana, comporta, ante todo, una fidelidad personal. Una respuesta pronta y franca al llamamiento que cada uno de los hombres siente hacia una meta determinada. El ser humano descubre su misión concreta en la historia y se compromete a realizarla. Este es su destino natural. De su cumplimiento no puede exonerarse. Por el contrario, el hombre está sujeto permanentemente a asumir una actitud de desprendimiento y de comprometimiento, una actitud generosa de donación, de entrega. Esta es la medida del cristianismo. Ni la posesión egoísta de los bienes puede llevarlo a endurecer su corazón y a encerrarse dentro de su propio almarío. Ni la miseria puede conducirlo a una parálisis total que implica el aniquilamiento moral. Estas dos posiciones, frente a la vida, son infrahumanas. La fidelidad del creyente importa una respuesta a Dios, pero también una disposición de servicio insustituible hacia los hermanos. Ser fiel no es otra cosa sino cooperar con los demás hombres, solidariamente, a la construcción de una verdadera comunidad fraterna.

La fidelidad implica que el hombre tiene derecho a una participación normal en los bienes de la civilización. El hombre tiene derecho al gozo creativo de su trabajo. Debe tener expeditas las vías de acceso para poder beneficiarse de los bienes materiales, intelectuales, morales y sobrenaturales.

Y como va realizando su vocación en el tiempo como peregrino de la eternidad, el hombre vive esencialmente en situación de cambio. Su condición de peregrino lo hace vivir en serena tensión los bienes futuros, con absoluta fidelidad a lo inmutable y generosa apertura hacia lo nuevo.

A presentar esta imagen del hombre, a reclamar el derecho que todos los hombres tienen a modelar su propia imagen a semejanza de Dios, acudió Paulo VI a la ciudad de Ginebra. Lo guiaba la esperanza de la paz que lo llevó a predicar en la asamblea de la Organización de las Naciones Unidas. Lo impelía el celo de Dios. El propósito de realizar la unión de los cristianos lo animaba.

Así lo expresó en el Consejo Mundial de las Iglesias:

"Es el deseo supremo de Cristo, es la exigencia profunda de la humanidad creyente por El redimida, los que ponen en nuestra alma una tensión constante de humildad y de pesar por las divisiones que hay entre los discípulos de Cristo; de deseo y de esperanza para restablecer la unidad entre todos los cristianos; de plegaria y de reflexión sobre el misterio de la Iglesia, comprometida para sí misma

y para el mundo a reflejar y a testimoniar la revelación hecha por Dios Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo. Vosotros comprendéis que esta tensión alcanza en nosotros ahora y aquí, un alto grado de emoción que, lejos de turbarnos, contribuye a hacer más lúcida que nunca nuestra conciencia”.

La voz de Paulo VI en la asamblea de la Organización Internacional del Trabajo cumplía a cabalidad el cometido propuesto como tarea de su pontificado: el ecumenismo cristiano. Allí los hombres más auténticos, los trabajadores del mundo, estaban representados. Un lazo fraterno los reúne: el trabajo.

LA HEROINA ANTONIA SANTOS

Por Javier Gutiérrez Villegas

En tierra de Comuneros. — El 28 de julio de 1819, tres días después de la sangrienta acción del Pantano de Vargas y diez antes de Boyacá, subió al patíbulo, firme y serena, la heroína Antonia Santos. Una tarde, al desembocar en la plaza de El Socorro, escenario de su sacrificio, vimos flotar en el aire, dominadores de los tejados, los brazos triunfales de aquella mujer, en la escultura maestra de Oscar Rodríguez Naranjo. El derecho apunta hacia la luz y el dedo índice señala una meta que sus ojos de bronce, abiertos y escrutadores, persiguen fijamente. El izquierdo remata en la bandera de la república que flamea sobre la cabeza y desciende en ondas, sobre la espalda. El dorso erguido, el cuerpo juvenil, van arropados en largo traje, que la cubre hasta los pies. Al borde del pedestal marca un paso de victoria, seguro y decidido.

No pudieron el virrey Sámano ni el comandante político y militar de El Socorro, don Lucas González, buscar una plaza más apropiada para descargar el peso de sus venganzas. Aquí mismo, el 16 de marzo de 1781, resonó por primera vez aquel grito, precursor de la liberación: “Viva el rey y abajo el mal gobierno”. Gritan más las mujeres que los hombres, escribe Germán Arciniegas. Piensa el esclavo en su libertad. El indio sueña librarse del pago de la alcabala. Por primera vez se levantan garrotes y machetes. Manuela Beltrán hace de cabeza a la chusma y llega hasta las puertas del Cabildo. En una tabla está fijado el edicto en donde se anuncian los nuevos impuestos. Las armas reales amparan el papel. Las armas reales son sagradas. Manuela arranca la tabla y pisotea el edicto. Un clamor de alegría rebota contra las paredes de las casas principales. Todo El Socorro es de piedra. La ciudad edificada sobre una sola roca, en plano inclinado... El Socorro es el nudo de piedra en donde se cruzan todos los caminos. Esos caminos llevan al trapiche que llora miel, al rancho en donde se apaga el hambre a sorbos de silencio, al tabacal que los guardas rondan, arrancan y exterminan... El nombre de El Socorro se propaga como palabra mágica de libertad a todos los confines del Nuevo Reino. Por los caminos de herradura, a galope tendido, van los precursoros llevando el grito. Por los deshechos, los chasquis pasan de pueblo en pueblo la voz. En un instante se encienden con banderas rojas las plazas de los pueblos. Los cohetes queman al aire truenos de pólvora y anuncian de valle en valle, de monte en monte, la buena nueva...

La guerrilla de Coromoro. — La valerosa heroína santandereana Antonia Santos Plata nació en la parroquia de Cincelada y recibió las aguas bautismales en

Notas

la viceparroquia de Pinchote, en abril de 1792. De un interesante estudio de don Luis M. Cuervo se desprende que creció al lado de sus padres, don Pedro Santos y doña María Petronila Plata, consagrada a las faenas domésticas ya en el poblado, ya en el sitio de El Hatillo, vecindario de Cincelada y hoy de la aldea de Coromoro.

A comienzos de 1819 los vecinos ardían de entusiasmo patriótico, no sólo por las noticias halagüeñas que les llegaban desde Casanare en donde los patriotas se disponían a librar, bajo las banderas de Bolívar, una campaña definitiva contra España, sino exasperados contra los abusos de las autoridades regionales y en la esperanza de sacudir, de una vez por todas, su pesado yugo. Antonia Santos, miembro de familia acaudalada e influyente, entroncada además con la espuma de Charalá, organizó por su cuenta una guerrilla, capitaneada por don Fernando Santos y sus dos cuñados don Gabriel Uribe y don Tadeo Rojas. La guerrilla quedó integrada por cuarenta hombres que tomaron como base de operaciones la casa de su protectora y animadora y bien pronto iniciaron una labor de proselitismo que cundió por toda la comarca e inflamó de espíritu republicano a las resignadas gentes. Las autoridades españolas empezaron a inquietarse ante el avance de la guerrilla de Coromoro y de su acción subversiva que trascendió, principalmente, en Charalá. En julio del año citado, tomó posesión como comandante político y militar de El Socorro, don Lucas González, quien se propuso exterminar a “esos diminutos pero inquietos enemigos”, como solía llamarlos. La cabeza de los guerrilleros de Coromoro y de Charalá, debería rodar, en señal de escarmiento. Se ofrecieron premios en dinero a quienes los delatasen o los capturasen. Cundió la alarma y sobre aquel escuadrón de rebeldes, se perfiló la dura garra realista.

La prisión en El Hatillo. — En los primeros días de julio, cuando la guerrilla vivaqueaba en el sitio de Los Arrayanes, a legua y media de la hacienda de El Hatillo, llegó el comandante socorrano Pedro Agustín Vargas y con una partida de soldados puso sitio a la casa e intimó rendición a sus habitantes. Solamente encontró a Antonia Santos, a su hermano Santiago y a su sobrina Helena Santos Rosillo. Los demás lograron escapar con buena fortuna, y guiados seguramente por uno de sus suspicaces espías, y más tarde se unieron al ejército libertador y hombro a hombro con él, a partir del campo de Bonza, escribieron páginas inmortales en el Pantano de Vargas y en Boyacá. Entretanto los prisioneros de El Hatillo, fueron conducidos a Charalá. El doctor Oswaldo Díaz Díaz no comparte la opinión de José Dolores Monsalve en su libro “Mujeres de la Independencia”, y según la cual fueron obligados a marchar a pie hasta El Socorro. Creemos que cuando más hasta Cincelada y Charalá se pudo ejercer con ellos esta innecesaria crueldad. Eran personas pudientes, en su hacienda debía haber numerosas caballerías y los acompañaba una escolta. De todos modos, al caer prisionera Antonia Santos, su suerte había quedado jugada y perdida. Para el tremendo ejemplo que González necesitaba dar, no le podía venir mejor: una señora distinguida, vinculada con las familias más sonadas de Charalá y comprometida innegablemente en actividades bien definidas como delitos de traición e infidencia. Privada de toda comunicación, severamente custodiada, Antonia Santos vivió sus últimos días entre las cuatro paredes de la prisión de El Socorro.

Viva estampa de Antonia Santos. — La familia Santos Plata figura en los anales de la Patria desde el año de 1809, anterior al grito de independencia. Estaba emparentada con el revoltoso canónigo doctor Andrés Rosillo y de él recibió, sin duda, vivo y ardoroso ejemplo de libertad.

Don Luis M. Cuervo recogió de "los viejos de Charalá y del Socorro", la siguiente estampa física de Antonia Santos: "Era de 30 a 35 años de edad, cuerpo alto y esbelto, tez blanca hermosamente sonrosada, faz ovalada, ojos grandes y negros, pestañas largas y crespas, cejas muy delineadas, boca graciosa, labios gruesos, nariz aguileña, pelo abundante, crespo y del color de los ojos y las cejas, y cabeza bien modelada. Revelábase en el conjunto de su fisonomía la gracia, la inteligencia, y cierto aire burlesco que la hacía sumamente simpática y agradable. Su voz era armoniosa, su jovialidad la hacía reír con frecuencia, y con tal gracia y expresión, que era el encanto de toda sobriedad. Al sonreír dejaba ver dos filas de dientes blancos e iguales que aumentaban sus encantos y atractivos".

La última flor. — Se ha dicho de Antonia Santos, que fue la última flor segada por la mano implacable del despotismo. Cuando rindió su vida, ya González sabía de los triunfos de los patriotas en las Termópilas de Paya y seguramente habían llegado a sus oídos los clarines del Pantano de Vargas. Consta en la partida de defunción que "en el cementerio de El Socorro, en 28 de julio de 1819, se dio sepultura eclesiástica a los cadáveres de Isidro Bravo, casado, Pascual Becerra y Antonia Santos, soltera, naturales de la parroquia de Cincelada. Se administraron en la cárcel, antes de ser ajusticiados".

El citado don Luis M. Cuervo, ha dejado para la historia el relato de su sacrificio: "El 28 de julio se consumó el sacrificio de la señorita Santos: a las diez y media de la mañana fue fusilada en la plaza del Socorro, en medio de sus dos compañeros, no diremos de infortunio sino de glorioso martirio, y en medio de numeroso concurso de gente que con lágrimas de rabia imploraba la justicia divina para castigar a los monstruos que derramaban la inocente sangre de la doncella. Los pormenores de la ejecución se conservan con orgulloso respeto entre los miembros de la familia Santos, y en el corazón de los descendientes de los primeros patriotas del Socorro. De ellos tomamos lo siguiente: Con humildad cristiana, pero sin abatimiento, y con frente serena, marchó al patíbulo, entre filas de soldados; al llegar al banquillo entregó a su hermano don Santiago las alhajas de oro con que iba ataviada, y su testamento, dándole sus últimos adioses e instrucciones para su entierro y dirigiéndose al oficial que mandaba la escolta le suplicó que aceptase el anillo que llevaba puesto, y quitándosele de la mano se lo entregó, rogándole que dispusiera que no se le apuntara sino al pecho, a fin de no padecer tanto. En seguida se sentó, sacó un pañuelo que llevaba en el seno, y con la serenidad del que sabe lo que va a hacer, se arregla el vestido, y con un pañuelo ciñe el traje alrededor de los pies contra el palo del banquillo, encargando a uno de sus sirvientes que si al morir se descubre algo de su cuerpo, lo cubra al momento. Un sargento la ata, la venda, se da un redoble, la escolta hace fuego y se consuma la inicua obra de cruel venganza en una mujer. Este episodio es el conjunto del más grande y sublime sentimiento del pudor: él solo basta para consagrar un reverente homenaje de respeto y admiración a la que supo tan dignamente morir por la Patria".

Rodríguez Plata, entusiasta cantor de las glorias de su tierra santandereana, sostiene que una vez cumplida la ejecución de Antonia Santos y de sus compañeros, gran parte de la martirizada ciudad del Socorro se movilizó hacia las campañas y veredas, jurando continuar la guerra contra las autoridades realistas. Había llegado el momento de jugar el todo por el todo y de cobrar con sangre las víctimas de aquel día. Armados con palos, lanzas, cuchillos domésticos, herramientas de labranza, escopetas y cuantos instrumentos encontraron a la mano, se pro-

Notas

pusieron vengar a la heroína. El movimiento se propagó a todos los pueblos circunvecinos con tal rapidez que el coronel González se vio obligado a acuartelarse en Oiba. Con cerca de 800 soldados, trató de acudir en auxilio de Barreiro. Cuando intentaba cruzar el puente sobre el río Pienta, a la entrada de Charalá, lo esperaban más de 2.000 hombres que juraban vengar la muerte de una mujer de su tierra, de una mujer que había simbolizado todos los anhelos de su propia redención. Al cabo de tres días de lucha feroz, acabadas las municiones, los patriotas tuvieron que replegarse hacia la ciudad. Eran humildes campesinos, no contaban con conocimientos militares, peleaban "con palos, piedras, y aún con los puños". Si fueron derrotados y la ciudad de Charalá fue sometida al saqueo, al incendio y al degüello, a lo menos se logró que González perdiese un tiempo precioso. En el empeño de unirse a Barreiro, abandonó el campo precipitadamente, pero ya era tarde. Una terrible noticia, concluye Rodríguez Plata, lo esperaba en las proximidades de Tunja: El día anterior Barreiro había sido destrozado, en la gloriosa jornada de Boyacá.

UNA EPOCA Y DOS CAUDILLOS

Por Alfonso García Isaza

En Antioquia como en casi el resto de las provincias del Virreinato no fue muy tumultuosa ni dramática la adhesión al grito libertario del 20 de julio y quizás los subsiguientes acontecimientos políticos y las reyertas increíbles de centralistas y federalistas poco alterarían la tranquilidad de nuestra Provincia a pesar de su protesta contra la guerra civil. Todo sucedía con relativa naturalidad en el tránsito de un gobierno imperial, de un virreinato in articulo mortis a la autonomía política de estas tierras, con gran entusiasmo de muchos pero con gran facilidad. No hubo oposición oficial que valiera la pena a tal empeño, y lo que pudiera llamarse la clase dirigente de entonces se ocupaba más en devanarse los sesos haciendo y suscribiendo constituciones y proclamas que en otros menesteres de orden práctico que cambiaran radicalmente el sistema y las actitudes coloniales. Mucho de aquel hervor fue un generoso academismo, nobles cláusulas de limpio sabor republicano como las troqueladas en la sala capitular de San Nicolás el Magno de Rionegro en 1812. Veladas y meriendas de buenos amigos y vecinos en Santa Fe de Antioquia, en Rionegro y en la Marinilla donde los criollos departirían amistosa y acaloradamente con los chapetones las posibilidades de la Emancipación y en días más agudos donde aquéllos a escondidas de éstos recibían las noticias sediciosas, se engolosinaban con el chisme o fraguaban la mala pasada contra uno que otro realista recalitrante o criollo escéptico.

Flotaba en el aire el germen de la libertad, es cierto. La Provincia no era una excepción, hasta ella llegaba el hálito vivificante y escuchaba muy cerca la trepidación revolucionaria. Hay dos iluminados suyos: José Félix de Restrepo y Francisco Antonio Zea; hay una tradición de rebeldía originada con los comuneros de Guarne y La Mosca, de San Jerónimo, Sopetrán y Sacaoyal; hay una blenda biológica de fuerzas encontradas y las ideas de la Ilustración y la Enciclopedia con las doctrinas de Suárez, Mariana y Santo Tomás se cuelan a veces subrepticamente, a veces a plena luz en las casas de enseñanza de Santa Fe de Antioquia, en las ricas bibliotecas de Rionegro, por entre la clerecía de San José de la Marinilla.

El estado de ánimo es de libertad pero faltaba quién lo encarnara en cuerpo y alma. La tormenta rezongaba pero faltaba el rayo. Es 1813. He aquí que un hombre acumula en sus manos todo el poder electrizante de la Revolución. El Sur, Popayán periclitán ante Sámano y por Supía entran los vencidos y gente desprovorida. La ácida, la ruda prueba se presenta. Los ánimos se alebrestan y de pronto el regidor del cabildo, don Juan del Corral, el gentil momposino de apenas treinta y cuatro, treinta y cinco años, golpea la mesa del cabildo en un viril ademán de decisión irrevocable y asume la dictadura que le ofrecen los señores tal vez un poco asustadizos o perplejos ante los hechos que empiezan a precipitarse, pero esperanzados en aquel mozo tan aficionado a las ciencias naturales como el arte militar, tan diestro en sembrar cacao en las tierras del Cauca providente como en representar la Provincia con gallardía y con talento.

Su empuje sirve para remolcar la Revolución. Hombres y mujeres, curas, letrados y bachilleres, gente de capa y espada, gente de pro, gente de barriada, plañeros y campesinos, comerciantes y artesanos se arremolinan con gana o a regañadientes alrededor del nuevo caudillo, del Dictador. En pocos meses puso a la Provincia en buena forma para la lucha. Al mando de Juan María Gómez envía una columna de hombres que solivianta a los caucanos y ayuda a poner en jaque a los realistas del Sur; mete en cintura a españoles y realistas, aprovecha la presencia del bueno de Caldas para montar maestranza y fundar la primera escuela de ingeniería, organiza la Hacienda y la Policía; a Posada y Mauriz lo envía a predicar la buena nueva de la libertad por pueblos y villorios; liberta los vientres de las esclavas y se anticipa a proclamar nuestra Independencia absoluta. Nada de España, nada de Fernando VII.

Su figura se impone como el más vigoroso organizador republicano de provincia, con visión más aguda de las necesidades del momento hasta tal punto que de no haber muerte prematuramente hubiera sido el salvador de la república en los procelosos días que siguieron a su desaparición. Con él se fueron muchas esperanzas y el gobierno de la Provincia viene a manos que carecieron de la energía y agilidad del Dictador para conducir al pueblo y alentarlo en la hazaña empezada por Del Corral. En Zaragoza, Nechí y Remedios es vencida en 1815 la resistencia patriótica y el resto de la tropa se volatiliza.

La libertad es un sacramento que hay que esconderlo una vez más en lo más íntimo de los hogares o llevarlo silenciosamente dentro del pecho. La lámpara arde en las tinieblas. Con todo de esa catacumba salen nuestros mártires: Liborio Mejía, Arrubla y Joaquín de Hoyos o ejemplos de rebeldía indómita como la de aquel Pedro Gómez Jiménez. Era el alcalde de la villa de Marinilla en 1816 cuando se le exigió desagraciar al Rey en la persona de Carlos Tolrá "como ya lo hemos hecho nosotros", decían los cabildantes de la villa de Medellín. "Yo no desagracio a nadie; lo hecho por Marinilla fue de acuerdo con la justicia y la libertad; si no les gusta mi franqueza, pueden quitarme el bastón".

Allí en Marinilla está el cura Jorge Ramón de Posada y Mauriz. Sin duda alguna representa en 1819 lo mejor de la voluntad, de la inteligencia, de la ilustración de la Provincia puestas generosamente al riesgo o servicio de la libertad en ciernes. Se ha dicho lo anterior sin menoscabar el mérito de muchos antioqueños residentes en la Provincia que en aquellos días se desempeñaron patrióticamente.

Desde 1813 el Dictador había señalado a Posada y Mauriz como el Verbo de la emancipación de la Provincia; en 1812 como vicepresidente del Serenísimo

Notas

Colegio Constituyente y Electoral inspiró muchas de las ejemplares normas de la ley fundamental expedida en Rionegro y había racionado a su costa a 120 marinillos que salieron hacia el Sur y atendía a la subsistencia de sus familias. A Del Corral le había enviado cuatro mil pesos para la campaña fuera de once cabalgaduras que era las que poseía. Posteriormente padeció duras expoliaciones a causa de su decisión republicana, como fueron el despojo de sus dos casas de habitación para acuartelar en ellas las tropas realistas y se le obligó a pagar fuertes sumas de dinero como represalia del gobierno español.

Con otros sacerdotes y la colaboración de sus feligreses estableció un cordón de postas hasta la ciudad de Mariquita donde Don Carlos Viana comunicábase el desarrollo de los acontecimientos en el centro del país. Así se supo el triunfo de Bolívar en Boyacá. Viana envió la extraordinaria noticia con el posta Juan José Torres, quien la transmitió al Señor Simeón García hasta saberla el Presbítero Ramón Gómez en Marinilla. Conocida por el Doctor Posada inmediatamente en junta de vecinos se tomaron las medidas conducentes a desalojar el destacamento realista. El alcalde Don José Ignacio Botero tuvo a su cuidado prevenir al comandante Villalobos jefe de la fuerza realista informándole sobre la proximidad de ochocientos hombres al mando del General Bolívar. Como el comandante español, cuentan las crónicas, no parecía tener intención de abandonar sus posiciones, los que estaban en el secreto se reunieron en número de doscientos y dispararon unos pocos tiros de fusil desde el cercano alto de Tinajas. Villalobos tomó entonces las de Villadiego. En mucho coincide con estos sucesos el Diario Político y Militar de Don José Manuel Restrepo llevado en 1819 desde Rionegro. Veámoslo: "Agosto 20: Nada particular ha ocurrido en este día sino que se sabe hay en Marinilla algunos movimientos de jóvenes aturdidos, pero sin orden ni jefe que les dé dirección". Sobre las órdenes del gobierno español de la Provincia dice el domingo 22: "En Rionegro se ha hecho la convocatoria y mandado recoger los caballos y monturas; está un poco difícil la formación de tal caballería porque han emigrado los que el gobierno llama "fieles". El comandante de Marinilla sólo ha podido juntar hoy 7 hombres porque todos se hallan en los campos. Dicen que Don Juan de Dios Carrasquilla ha recibido hoy una información sobre los movimientos que allí había, de los que resultó motor Don José Urrea...". "Agosto 25: A las 12 vimos desfilar hacia Rionegro la caballería que estaba en Marinilla. En breve el pueblo se llenó de agitación, pues dijeron que habían ocupado al hospital e iban a cortar el puente sobre el río. La ciudad estaba en una completa anarquía, pues los alcaldes Don Luis Lorenzana y Don Francisco Estévez habían emigrado. A poco entró una descubierta con Don Manuel Sañudo y después otra más fuerte con el comandante Villalón quien dijo que Marinilla estaba en insurrección y que 25 hombres al mando de Don José Urrea lo venían persiguiendo. El miedo y algunos cohetes que le habían tirado les ha hecho creer que los perseguían...".

Supo Córdoba la huída de Villalobos y de inmediato avanzó por Nare hacia el Oriente y entró a Marinilla con un reducido grupo de héroes desharrapados y enfermos. Todo esto pudo hacerse, además, porque las comunicaciones que Tolrá enviaba a sus superiores y viceversa, eran interceptadas por gentes del Oriente quienes las cambiaban de modo favorable a los intereses de la República, como lo asevera Don Ramón Correa.

El Doctor Posada púsose de inmediato al servicio de Córdoba. Le allegó recursos, dineros de su propio caudal y le tenía un batallón de trescientos muchachos de los cuales el héroe escogió 125 voluntarios que fueron su apoyo y su

confianza. Algo más: Posada marchó con la fuerza libertadora. En Santo Domingo, Córdoba ordena dejar parte de la tropa disponiendo asimismo que sea el Doctor Posada quien la forme y la dirija. "... Y que la sostenga" agregó el Cura Prócer. Por todo eso se le consideró el segundo libertador de Antioquia e hizo de su parroquia una de las plazas fuertes de la emancipación como lo certifica el escribano público del Cabildo de Medellín Señor Celedonio Trujillo cuando afirma que el Cantón de Marinilla dió ejemplo "saliendo mucha gente a batirse con el invasor (Warleta) asociado de su párroco y otros eclesiásticos, y lleno de valor y entusiasmo en obsequio de la libertad, con orden y sumisión al Comandante y Jefes, costeadando aquel vecindario de su peculio, sin gravar al Fisco ni a los demás Cantones, los crecidísimos gastos que se ocasionaron en las diferentes ocasiones que he referido, y sufriendo posteriormente compartos y reclutas, que en mi concepto, a proporción no le correspondían". Ya con anterioridad a esta certificación Córdoba en frases inolvidables había exaltado la excepcional colaboración de dicho cantón. Su gloriosa espada fulguró entonces alegremente sobre los gritos de libertad de aquella entusiasta muchachada oriental que alborotó a la adormilada y temerosa Villa de la Candelaria, la puso en pie para continuar hacia el Norte de la Provincia triunfalmente y extender hasta la Costa Atlántica la acción emancipadora.

Vale la pena cotejar las nobles figuras de Del Corral y Posada. Una fuerte amistad caldeada por el fervor revolucionario unió sus almas de tanta similitud. A la mesa del Doctor Posada varias veces se sentó el Dictador. En la buena compañía de Caldas, Francisco de Ulloa y José Manuel Restrepo departiría en momentos de sosiego sobre sus conocimientos científicos y botánicos; ningún mejor ambiente para esos temas. Había suplido con su esfuerzo y su inteligencia la falta de formación académica. Posada, en cambio, era perito en lenguas muertas, su título de doctor lo adquirió en Santa Fé de Bogotá cuando el espléndido renacimiento que trajo consigo la Expedición Botánica hacía de la capital centro de atracción de las miradas de sabios universales como Humboldt. Sería descolante su preparación intelectual para habersele ofrecido la vicerrectoría del Colegio de San Bartolomé. Del Corral y Posada pensaban en grande. No eran condottieros sino hombres capaces de plasmar razas y pueblos. Aquel fue notable impulsor de la siembra de cacao como fuente de riqueza y puede considerársele como padre de la ingeniería en Antioquia; éste, Posada, trajo a Marinilla telares del Socorro que posteriormente trasladaron a Rionegro y Medellín, acaso como el preámbulo de nuestra industria textilera, sembró cañamelares en Cocorná y explotó las salinas que había descubierto en ese municipio, fundó cristiandades, impulsó escuelas, hizo puentes...

Ambos de la nada crearon batallones, suscribieron enaltecedores papeles de Estado y por último como si la órbita de sus vidas hubiera alcanzado un mismo punto, el más alto, para adquirir un brillo estelar inmarcesible y purísimo, el ábside universal donde se encuentran las cifras de la magnanimidad humana, el Dictador liberta los vientres aherrojados y el cura prócer rompe las cadenas de 83 esclavos suyos, sin segundas intenciones, simplemente afirmando un derecho natural como cristiano, que no otra cosa buscaban, ni a ideal distinto sirvieron. Sus vidas fueron un ascenso a la plenitud del espíritu, a esa esfera moral donde reside la auténtica libertad, donde se explica la historia.

DESPUES DE LA MUERTE DE ROMULO GALLEGOS

Por David Mejía Velilla

No se trata de un homenaje al maestro octogenario: harto de homenajes anduvo el anciano novelista; fatigado estuvo del cuidado que los demás se tomaron de él. Se trata de un recuerdo para la novela americana, de la que Don Rómulo Gallegos fue prodigioso escritor.

Existe en la América de habla hispana un género novelístico que bien podría denominarse "la novela tropical", así como otros géneros se llaman "la novela psicológica", o "la novela policíaca", o "la novela costumbrista". *Vorágine*, de Rivera; *Doña Bárbara*, de Gallegos; *Juyungo*, de Adalberto Ortiz; *Zogobi*, de Larreta; *Huasipungo*, de Icaza; *La Tierra Eramos Nosotros*, de Mejía Vallejo... y otras buenas novelas similares, estarían incluidas en aquel género que denominaríamos simplemente así: la *novela tropical*.

Novela de las selvas, de los llanos, de las pampas, de los andes, de la amazonia, de las costas... donde sucede algo singular: que el paisaje (y qué hondo concepto encierra esta palabra) es el personaje principal. Y no porque se mueva dentro de los protagonistas: porque es él mismo el principal protagonista. Y tampoco —quizá— porque los escritores conscientemente se hayan propuesto elaborar la novela con aquella característica: tal vez ni se dieron cuenta que al componer la novela las cosas naturalmente se dispusieron así, de manera que el paisaje tomara ese formidable cuerpo dentro de la obra.

Novela que descubre a América: el hombre y la tierra. Pero que más descubre a la tierra que al hombre, pese al equívoco que se podrá contener, por ejemplo, en ese título de la novela de Mejía Vallejo: *La Tierra Eramos Nosotros*.

Aprende uno, al cabo de los años, en esas novelas, más cosas de las que los autores se hubiesen propuesto enseñarnos. En la novela tropical ocurre como si los escritores hubiesen trasplantado la tierra americana —con todo lo que la tierra americana es y contiene— al libro; y se topa uno, de un golpe, con la misma América, habitante de alguno de los rincones de nuestro suelo.

Valdría la pena escribir un ensayo de fondo sobre lo que es la novela tropical, que, sin duda, constituye el género literario mejor desarrollado de nuestra cultura.

Pero vengamos, concretamente, a la obra de Don Rómulo Gallegos: está ahí el llano, tal como es y tal como parece. La indomable tierra de la indomable gente. La lluvia está ahí, esa lluvia implacable del Llano, que persiste durante meses, que arrasa las tierras y los árboles; frente a la cual el hombre es como un sobreviviente del diluvio, sin arca y sin temores, porque no ha logrado la lluvia vencerlo; y el hombre se agazapa bajo la lluvia; y hombre y lluvia, a la postre, son ambos vencedores; vive el hombre, en aquellas soledades lluviosas, al margen de lo demás, subsistiendo, pero sin angustias ni esperas fatigantes: sabe ya qué esperar, y cuándo; y sabe cómo vivir, aunque aquel vivir sea un vivir tan extraño... Y los soles del llano están allí, en la obra de Don Rómulo Gallegos, así como son, en los amaneceres —frescos, sobrecogedores—, y en la plenitud del día, agobiantes, implacables; y en la serenidad del atardecer: claroscuros, divinamente claroscuros. Y luego están también allí los seres vivientes, la vegetación del llano, la fauna del llano y el hombre llanero. Pero todo es un único todo, es el Llano: un lugar de América, América bajo el sol, bajo la lluvia.

Y el Llano es Venezuela, ese país que todo lo tiene: la montaña también, y la sierra y la costa y el Orinoco. Y Venezuela vive en la obra de Rómulo Gallegos, por esta curiosa circunstancia de la novela tropical, que todo lo abarca.

Índole tiene en abundancia la novela de Gallegos, índole venezolana: no suave, áspera; blanda por dentro tal vez, como que hay sensualidad, y no soterrada siempre; no es suave de índole la novela misma: se parece a la "rebeldía ambiente". a esa que hizo bravo a Páez y a los llaneros *cuasi-centauros*, que hicieron la guerra de Independencia por aquellas soledades orientales.

La novela tropical tiene sus propias características circunscritas al trozo de América a que pertenece: la de las Pampas —Zogóibi—, es suave hasta ablandar; la de las selvas —Vorágine—, es enmarañada hasta emboscar, hasta marear; la de los grandes ríos —*Juyungo*—, es brusca, violenta, y al mismo tiempo es plácida, como el caudal de esos mismos ríos, que a veces se enfurece y a veces se remansa; y la de las serranías de los indios es triste como los indios; y la de las montañas es abierta, y la de las minas es dura, fatigante y apasiona, como la búsqueda de los metales y las piedras preciosas en los socavones... y la de la Costa (nadie extrañará que cite *El Viejo y el Mar*, que no fue escrita en castellano, pero que nadie negará que es *novela tropical*), es profunda como el mar y clara como el cielo y como el hombre de las costas. Y la novela del llano —la novela de Don Rómulo Gallegos— tiene esa fisonomía propia que ha quedado descrita ya.

Ha escrito Don Rómulo, en su claro estilo —vibrante, incisivo, culto y poético y diseñado también por la misma naturaleza que ama y lleva a sus libros— cuatro obras maestras de nuestra literatura americana: *La Trepadora*, *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima*. Maestras en los dos sentidos: en el literario, porque en su género son obras perfectas; y en el otro, más alto, más difícil, que podríamos llamar *cultural*, si es que vamos a valorar su aporte a la construcción de una cultura genuinamente americana, a través de "esos cantos de patria y de espíritu". Ha incorporado él a su obra un espíritu, un fuerte espíritu de amor y de conocimiento de Venezuela. Ha cavado en la entraña de la tierra hasta sacar a luz, en esos libros, toda la belleza de la tierra, con ese cortejo de presencias que acompaña a la belleza; la tragedia, y el amor, y la lucha, y la revolución constante de los elementos contra el hombre, en el hombre; y el paso firme del hombre sobre los elementos.

Otras obras —menores a mi entender—, como *Pobre Negro*, *Reinaldo Solar*, *El Milagro del Año*, *Los Aventureros*, etc., completan la misión cultural —entrañablemente humana— del maestro de los ochenta años (nació el dos de agosto del ochenta y cuatro; el catorce de noviembre de 1948 se posesionó como presidente de su país; fue derrocado meses después, y marchó al exilio a México, donde murió la esposa... después hasta la muerte, en abril de 1969, vivió en Caracas Don Rómulo convertido —y es esa casi siempre la misión de los ochenta años— en un símbolo de su pueblo y de su raza...).

He aquí una semblanza trazada por Rodríguez Mendoza: "Físicamente, Gallegos —introspectivo, adusto y nada verbalista— es alto y fornido como su prosa, orgullosamente de él, como que es la manifestación externa de su temperamento singular. Ojos de escrutador, labios voluntariosos, o sea, delgados y propensos a la ironía. Frente amplia de baluarte y echada atrás, no en remedo de las melenas inactuales de los tiempos románticos de Pérez Gonalde, traductor de Cuervo, sino en golpe de viento... Habría podido cargar al costado de Páez, el de las lanzas de caña brava entintada al rojo. Posterior en más de un siglo a la epopeya bárbara

de los llaneros en camisa o con el torso desnudo y estribando con un dedo del pie curtido, en vez de levantar la pica o el machete en la zafra de sangre, Gallegos ha levantado muy alto su pluma renovadora, abriendo surcos y aclarando horizontes”.

EL CENTENARIO DE NAPOLEON

Por René Uribe Ferrer

El 15 de agosto de 1769 nació Napoleón Bonaparte, en una familia plebeya, en tiempos en que el mito de la sangre era condición indispensable para alcanzar las supremas dignidades. A los veintiocho años había conquistado a Italia, y la campaña de Egipto haría de él el primer militar de la Europa de su tiempo. A los treinta era el primer cónsul de la república francesa. A los treinta y cinco era proclamado emperador. La década siguiente señala la extensión de ese imperio por toda Europa, en la que creará reinos títeres con sus hermanos, cuñados y mariscales. A los cuarenta y seis termina su increíble carrera con el fracaso de Waterloo. Tras seis años de cautiverio, y de martirio según sus panegiristas, terminaba su existencia en este mundo, cuya faz dejaba transformada.

Porque nada quedaría de su imperio, pero por él las ideas de la revolución francesa se habían propagado por Europa y por América, y la historia de occidente seguiría siendo otra cosa después de su derrota. Derrota personal, pero triunfo de la revolución que hizo posible su deslumbrante carrera. El hecho de que las ideas de libertad, igualdad y fraternidad hayan debido su difusión a uno de los regímenes más autocráticos que el mundo haya conocido, es una de esas paradojas frecuentes en la historia.

Francia ha hecho de él uno de sus grandes mitos. Sus panegiristas nos hablan del mayor talento militar que haya existido. Del político que cambió el rumbo de todos los pueblos occidentales. Y también del que marcó honda huella en campos más pacíficos: El código civil, base de casi todas las legislaciones todavía vigentes, el haber dado a Francia una organización administrativa que los gobiernos posteriores, que quisieron borrar su nombre, aprovecharon; sus esfuerzos por la educación pública, etc.

Y sin embargo, muchos que todavía juzgamos los hechos históricos a la luz de los principios de la ética cristiana, vemos en la meteórica carrera de Napoleón uno de los crímenes más grandes de la historia. Ocho millones de muertos son el pedestal de su gloria. Sus fanáticos dirán que cuando alcanzó el poder, encontró a la Francia revolucionaria atacada por las potencias enemigas, y que las guerras napoleónicas fueron, por lo tanto, defensivas. Algo de cierto puede haber en ello. Pero ¿la invasión a España, cuyo inepto gobierno no significaba para él ningún peligro? Y el ataque contra los inermes dominios de Pío VII. Y la invasión a Rusia. Y el regreso de la isla de Elba, violando su promesa cuando Francia y Europa esperaban ya un respiro de paz.

En sus conversaciones con Las Cases, en los años del destierro en Santa Helena, Bonaparte defiende su política guerrera como un ansia de servicio a la humanidad del futuro, frustrada por la mezquindad de sus enemigos. Si hubiere triunfado, Europa sería un gran estado unificado, y la paz y la prosperidad habrían reinado para siempre. Creo que no hay derecho a dudar de su sinceridad. Y es que

hay algo más terrible que la mala fe: La buena fe del orgullo. Se creía el depositario de una misión de construir un futuro universal, y no importaba mucho si a esa misión había que sacrificar las vidas de ocho millones de hombres.

El caso no era nuevo, ni tampoco, desgraciadamente ha sido el último. Fue, entre muchos, el sueño de Alejandro. Y fue, va a hacer treinta años de su comienzo sangriento, la ambición de Hitler. Para construir un "nuevo orden", se desató la segunda guerra mundial. No hay para que hablar de las consecuencias, pues las estamos viviendo. La potencia alemana se derrumbó definitivamente, así como un siglo antes Francia no heredó del imperio napoleónico sino las ruinas y las tumbas.

Este triste y aparentemente glorioso bicentenario, sólo nos sirve a muchos para comprobar una vez más la trágica inutilidad de las guerras. Su crueldad y su estupidez. La violencia nada ha edificado. Y, sin embargo, el hombre no ha aprendido a prescindir de los medios violentos. Y, lo que es peor, continúa confiando en ellos como solución a sus problemas.

HOMENAJE A JOSE MARIA BERNAL

Por Jorge Pérez Romero

Hacer el elogio de José María Bernal es hacer el elogio de un hombre que siguió la trayectoria común a todos los hombres importantes de Antioquia: familia de cristianos viejos, de ancestros patriarcales, numerosa, en la cual unos hermanos tenían que sacrificarse para educar a los demás; padres y madres en quienes las virtudes tradicionales de nuestra gente resplandecen: tal es el origen de José María Bernal, nacido en este gentil valle de La Ceja, hijo de Don Juan Pablo y Doña Carlota, de prosapia de próceres de la independencia como Liborio Mejía y uno de los 13 de ese matrimonio que con grandes esfuerzos logra trasladarse a la ciudad de Medellín, al Colegio de los padres de San Ignacio, para terminar el bachillerato que había iniciado en las Escuelas Cristianas de su lugar nativo.

Cuenta uno de sus biógrafos que en la capital del departamento se alojó en casa de su tío el doctor Tomás Bernal y que entre sus protectores estuvo el presbítero Jesús María Marulanda, el célebre Monseñor Marulanda, padre de nuestra basílica metropolitana.

Ya desde muy joven pretendía a su prima doña Lucrecia Jaramillo Bernal, quien desde entonces hasta el último día de su existencia fue su inspiradora, su guía y madre de sus diez hijos, herederas y herederos de las virtudes de sus ilustres progenitores.

Fue don José María Bernal, con el don con que llamamos a los ingenieros que se han destacado en nuestra profesión, uno de los mejores que hayan salido de nuestra gloriosa Escuela de Minas, donde se graduó en 1919 con tesis que para ese tiempo implicaba una revolución, pues trataba de "salario y precio de costo", y que fue grandemente elogiada por el profesor Alejandro López, I.C., quien con don Jorge Rodríguez Lalinde y otros enrutaron nuestra Escuela por los caminos de la administración científica, en la cual, entre muchos, brilló este don José María, pues durante su vida y ejercicio de la profesión ocupó altas posiciones en la

industria, como la de fundador y gerente de la Cervecería Unión, gerente de la Empresa Siderúrgica, fundador de la Sociedad Industrial Hullera, de la Asociación Nacional de Industriales, de la Compañía Suramericana de Seguros, del Banco Industrial Colombiano, miembro de las juntas directivas de Coltejer, de Seguros Colombia, de la Voz de Antioquia. Fue además en la actividad privada presidente de la Sociedad Antioqueña de Ingenieros, fundador de la obra del Apostolado de la Aguja, que con cariño siguen sus descendientes, y cofundador de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Si como industrial brilló, también actuó en los campos de la política con fervor y amor por su partido y con la consigna de "Trabajo y Rectitud" que cumplió tanto en la vida privada como en la pública. Así fue concejero municipal y alcalde de Medellín, diputado a la asamblea departamental, representante al Congreso, senador, ministro de Estado, jefe de misiones diplomáticas, miembro de las juntas de las Empresas Públicas y de las Empresas Varias Municipales, del Ferrocarril de Antioquia, del Banco de la República; fundador fue asimismo del Frente Nacional, tras participar de una manera fuerte, como correspondía a su personalidad, en la contienda que antecedió a los pactos que hicieron posible dicho Frente y después de haber dado muestras de que si en veces era tesorero en la defensa de sus ideas de derecha, era también un demócrata, como lo comprobó separándose del Ministerio de Guerra al presentir que la dictadura podía llegar a Colombia con el golpe de cuartel del 13 de junio, cuando escribía al presidente Urdaneta que "el equilibrio jerárquico en el ramo de guerra se hallaba seriamente quebrantado" y que "para el sostenimiento del orden constitucional y para mantener la moral en las fuerzas militares era inaplazable el sostenimiento de ese equilibrio".

Tal, a grandes rasgos, la vida de José María Bernal, quien por sus méritos fue condecorado con la Gran Cruz de Boyacá, con la Orden del Almirante Padilla, con la de Antonio Nariño, con la Legión del Mérito Americana y con la Cruz de Basa, de Suecia, que ya serían suficientes para que figurara entre los hombres más importantes que ha producido nuestra Antioquia en este siglo, si además no hubiera sido un ciudadano ejemplar, esposo y padre como pocos, un antioqueño de todo el maíz, cual correspondía a quien había trabajado con Germán Uribe Hoyos, Mariano Roldán y tantos otros, gloria y prez no solamente de la ingeniería sino de nuestra raza, porque además de varones sabios y justos, eran varones fuertes, lo mismo en las luchas contra la naturaleza que en la defensa de sus ideales.

DANIEL ARIAS ARGAEZ

Por Miguel Martínez

Si una plausible curiosidad —dice Don Roberto Liévano— hubiese pretendido reunir en un solo individuo los atributos de espiritualidad y de gentileza que blasonaron a esta Bogotá muy noble; si hubiera querido hallar la quinta esencia de los clarísimos dones que la prestigiaron un día como solar castizo de caballeros y de artistas, es seguro que no se hubiese dado excesivo trabajo para la escogencia de ese ejemplar representativo. Arias Argáez los personificó tan ca-

balmente que apenas sí habría sido necesario poner oído atento al clamor de unanimidad que consagrara su nombre.

Todas aquellas venturas que hacen fácil la vida, todas aquellas dádivas con que las Hadas de los cuentos azules propician las cunas principescas se sumaron munificamente en el hogar feliz formado por el Doctor Leopoldo Arias Vargas y por Doña María Josefa Argáez, paradigma de virtudes tradicionales, y en donde él miró la luz, en el mes puesto bajo el signo de Bolívar, el 1º de julio de 1869. No en vano había de ser su casa solariega la que un día iluminara con sus risas Manuelita Sáenz, "la amable loca", cuya silueta pecadora se diluyera más tarde entre las volutas del doméstico incienso perfumador.

Había de corresponderle, dentro de su fortunoso itinerario, ser alumno de colegios memorables: por su anclaje en la entraña del país, como el Mayor del Rosario; por su trayectoria dentro de la pedagogía, como los de Rueda y Mallarino; por su proyección iluminada sobre la conciencia de sus discípulos que nunca le fueron infieles, como el de Santiago Pérez. Más tarde, en 1892, la carrera universitaria se coronaba con el título de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas, en los claustros de la Universidad Nacional.

Y luégo la vida. Esa cosa que es "vana, variable y ondeante", en el concepto de Montaigne, y que para dicha de Arias Argáez sólo se vio rizada en la tersa superficie de la suya por aquellos dolores y aquellas conturbaciones que son inherentes a la inexorable condición humana.

Su vida fue en las distintas escenificaciones la de esos complejos hombres maestros de fin de siglo —y de las primeras décadas del actual— que sumaron una tan apasionante concurrencia de estímulos vitales. Abogado, literato, terrateniente, clubman, banquero, político, viajero por Europa y América, parlamentario, historiador, todas las manifestaciones de la acción y de la energía, de la voluntad y de la inteligencia lo conquistaron.

Y fue así como efectuó el recorrido de los hombres de su generación. Y como hizo la ruta periodística, fundando primero, estudiante aún, "El Consueta", en 1891. Y colaborando después en "El Heraldó" de José Joaquín Pérez, y en "El Nuevo Tiempo", de José Camacho Carrizosa y Carlos Arturo Torres, y en "La Patria", de Armando Solano, y esporádicamente en la mayor parte de las publicaciones periódicas sucesivas hasta dirigir, en socio de Víctor E. Caro, la inolvidable revista "Santa Fe y Bogotá".

Y fue así como cumplió su "curriculum vitae" habiendo sido concejal de Bogotá y diputado a la asamblea de Cundinamarca, y representante al congreso. Y Académico de número de las Colombianas de la Lengua, de Jurisprudencia y de Historia, en la última de las cuales ejerció con sin par decoro la presidencia del 12 de octubre de 1935 a igual fecha del año subsiguiente. Y cónsul de Nicaragua en Colombia, y encargado del archivo de esa legación por muchos años. Y fundador y socio de círculos sociales prestigiosos. Y miembro con singular prestancia, de entidades de Ornato y Mejoras Públicas, de Beneficencia y Caridad; de Letras nacionales y extranjeras, como el fenecido Pen Club, en cuya representación viajó a la Argentina; de divulgación cultural, como la benemérita Biblioteca Eduardo Santos, de cuya comisión editora, en socio de Luis Augusto Cuervo, de Rafael Gómez Hoyos, de Fabio Lozano y Lozano y de Enrique Otero D'Costa, fue parte principalísima.

De ese noble acervo de experiencias y de meditaciones había de quedarnos una obra que pudo ser más dilatada en sus proporciones por sus posibilidades

Notas

de realización, pero que por sí sola basta a rescatar un nombre y a hacerlo perdurable. Ella queda compendiada en voluminosos volúmenes que recorren toda una gema de múltiples facetas. "Un Pescador de Perlas", novela de ambiente bogotano y no del actual. "Un Haz de Sonetos", selección de su ópera lírica, sencilla y correcta, exteriorizada en versos ahora acaso desuetos, pero que tienen muchas veces límpidas claridades de fontana. "El Canónigo Don José Cortés Madariaga", ensayo histórico de perspicuos atisbos y vigorosa documentación. "Perfiles de Antaño", en donde recogió remembranzas deliciosas de personajes y de climas de otros tiempos. "El Presidente Sande", romance en donde rescuita el místico y embrujado recuerdo de una Santafé legendaria. Y sus conferencias académicas, como las elaboradas con tan paciente emoción sobre las presidencias coloniales de Don Antonio González y Don Francisco Sande, o sobre el Congresillo de Cariaco. Y sus discursos laudatorios, como el pronunciado en homenaje de Don Camilo Torres. Y sus páginas reminiscentes, como la consagrada a evocar la última noche de José Asunción Silva, de quien fuera juvenil amigo. Y su dispersa colaboración en periódicos y revistas, de vida fugaz de mariposa.

Espíritu varío y deleitoso éste, que así supo exteriorizarse. Optima lección la que su ejemplo ofrece a nuestro respeto. Colocado en un medio en que tan cómodo le hubiera sido abandonarse a las seducciones de una existencia blanda y ociosa, él, que de igual manera brillante dirigiera un cotillón o rimara unos madrigales, quiso que su visión del universo no quedara reducida al tibio y encantador recinto de una sala de baile. Y abrió sobre el panorama de la vida todos los ventanales del espíritu.

Y el droit de naissance que cantara el poeta galo, en elogio del rey galante del blanco penacho, marcó para Arias Argáez un plácido sitio en la existencia. Y estas circunstancias, que para algunos suelen ser una limitación, bien hallados con su fácil destino, él supo aprovecharlas para pulir su personalidad íntima, en un proceso discreto y decoroso.

La raíz amarga del conocimiento de los hombres y de las cosas, que atesora en la sucesión de los días, no aciduló su espíritu, risueño siempre y gentil, que dijérase revestido a toda hora con atavíos de ceremonia, como para una fiesta. Cronológicamente perteneció —y siguió perteneciendo hasta sus últimos momentos— a esa Orden de caballería que fue del "cachaco bogotano", reducido ya a un grupo mínimo y selecto, en el cual se ha refugiado la noble tradición. Grupo privilegiado y exquisito, puesto por propia voluntad al margen del nuevo rico y del deportista pirotécnico, y que mantiene el prestigio de un melancólico ayer, dentro de las abolidas características de agudo ingenio, de perfecto señorío, de risueña preocupación, de generoso entusiasmo por ideales que no reparten dividendos. En nuestra época, venturada bajo tantos aspectos, ese grupo revive un cortesano, y acaso anacrónico, paso de minué.

La buena estrella, bajo cuyo influjo nació Arias Argáez, no amenguó su lumbré en todo el largo decurso de su terrestre peregrinación. Y la misma muerte, cuya sorpresiva llegada nos acongoja aún, le fue benigna. Las rosas de otoño supieron deshojarse para él ilusionadamente. Que ellas mullan el sitio de su reposo, bajo el amparo de la cruz.

Murió en Bogotá el 14 de septiembre de 1951.

MONSEÑOR VICTOR WIEDEMANN

Por el Pbro. Jesús Mejía Escobar

Inesperadamente falleció en Bello, el 31 de agosto, cuando cumplía la misión litúrgica de bendecir la primera piedra para el templo de la Epifanía y celebraba la santa misa, este insigne sacerdote.

Había nacido en Medellín el 13 de septiembre de 1912 del matrimonio de Don Luis Aníbal Wiedemann y Doña Rosario Tobón; fue bautizado por el Padre Eduardo Díez en el templo de San José.

Cursados sus estudios primarios y parte de la enseñanza media en el Colegio de San Ignacio, pasó al seminario y debidamente dispuesto y preparado suficientemente, recibió la ordenación sacerdotal, el 1º de noviembre de 1937, la que le fue conferida por Monseñor Tiberio de J. Salazar.

Dejó en San Roque las primicias de su ministerio, como cooperador; luego pasó a la Acción Católica Arquidiocesana, en donde llegó a ser director de la misma, hasta 1951, que pasó como cura de la Parroquia de Santa Teresita, hasta 1961 cuando fue nombrado director de la Santa Misión.

En 1962 fue designado Camarero Secreto de Su Santidad y el 5 de marzo Vicario de Pastoral y desempeñó la vicaría general de la arquidiócesis en varios períodos, especialmente cuando el Señor Arzobispo se ausentaba para asistir a las reuniones del Concilio Vaticano II.

La muerte lo sorprendió cuando ejercía estos cargos, en los cuales se distinguió por su prudencia y tino; experto en el manejo de las almas, supo ganar muchas para Cristo; como cooperador y párroco, lució el celo sacerdotal en beneficio de sus feligreses; como superior fue excelente, ya por su lealtad para con su ilustre prelado, ora por el trato delicado y sacerdotal que empleaba para con sus hermanos en el sacerdocio, bien debido a la forma de llevar las relaciones públicas con las autoridades civiles y militares, así como a causa del acierto en la solución de los problemas con los fieles que llegaban a su despacho, en busca de consuelo, o definiciones delicadas.

Fue excesivamente generoso con los pobres, desprendido de los bienes pecederos, exacto en la liturgia, dado sin reservas a su ministerio, hasta olvidar muchas veces la necesidad de tomar los alimentos; predicador de fácil palabra, devotísimo de la Santísima Virgen y, en una palabra, amante de su sacerdocio, que supo llevar con decoro.

Sufre la Arquidiócesis de Medellín una pérdida muy notable con el tránsito de Monseñor Wiedeman de esta vida a la eterna; nuestro excelentísimo prelado se ve privado, de un momento para otro, por disposición de Dios, de su mejor y más leal y experto colaborador en el gobierno de la arquidiócesis; los sacerdotes tenemos que lamentar la separación definitiva de uno de nuestros mejores amigos y más estimados superiores y el pueblo de Dios, a uno de sus preclaros ministros y dispensadores de los bienes espirituales.

Ya habrá recibido —así lo esperamos— el premio eterno merecido por su brega sacerdotal y desde el fondo de nuestro corazón deseamos que “la luz eterna lo ilumine”, mientras el “Dador de todo consuelo” lo derrama abundante sobre su afligida madre y familiares, sobre nuestro prelado, clero y fieles de esta arquidiócesis de Medellín, a la que tanto amó y sirvió hasta el sacrificio.

**AUTORIDADES, ORGANISMOS
Y PERSONAL ADMINISTRATIVO DE LA U. P. B.**

CONSEJO DIRECTIVO.
RECTORIA.
VICE-RECTORIA.
CONTRALORIA
JUNTA DE PLANEACION.
JUNTA ECONOMICA.
ASESORIA JURIDICA.

SECRETARIA GENERAL: Estadística y Archivo. - Biblioteca General. -
Relaciones Públicas. - Emisora Cultural.

DIRECCION ACADEMICA:

Facultad de Arquitectura y Urbanismo.
Facultad de Arte y Decorado.
Facultad de Derecho y Ciencias Políticas.
Facultad de Educación: Secciones "A" y "B".
Facultad de Filosofía y Letras: Secciones "A" y "B".
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación Social.
Facultad de Ingeniería Eléctrica.
Facultad de Ingeniería Mecánica.
Facultad de Ingeniería Química.
Facultad de Trabajo Social.
Facultad de Ciencias Sociales.
Departamento de Ciencias Básicas.
Instituto de Teología.
Instituto Técnico Superior.
Bachillerato y Primaria.
Bachillerato Vespertino.
Bachillerato "Barat".
Círculo Nocturno de Estudios.

DIRECCION ADMINISTRATIVA:

Departamento de Bienestar Estudiantil: Actividades Deportivas. -
Actividades Religiosas. - Actividades Culturales. - Actividades So-
ciales: Bares y Cafeterías - Consultorio Pío XII - Cooperativas -
Servicio Médico y Odontológico - Internado - Becas.

Departamento de Publicaciones: Revista "Universidad Pontificia
Bolivariana". - Colección "Rojo y Negro". - Imprenta.

Departamento de Administración de Bienes: Mantenimiento y Cons-
trucciones. - Fundación Bibliotecas. - Isla. - Inversiones.

Departamento Financiero: Tesorería. - Contabilidad.

Departamento de Personal: Nómina.

Departamento de Servicios Generales: Suministros. - Almacén Gral. -
Transportes. - Procura. - Sistematización.